

VIDA

ESCRITOS

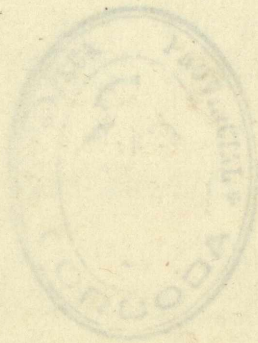
VARIOS

1

64



Ms-64



Coleccion

de varios escritos sueltos

de

Don Juan de los Rios y Guzman

Escritor que ha publicado en la

Revista de Cordoba y Artes
de Cordoba



Tomo I.

Cordoba 1873.



Coleccion

de varios escritos sueltos

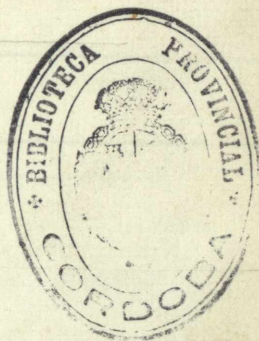
de

Don Rafael de Vida y Quesada

individuo que fué de número de la
Academia de Ciencias, Letras y Artes
de Córdoba.

Tomo 1.º

Córdoba — 1873.



Collection

de manuscrits écrits sur parchemin

de

Don Joseph de Vitor y Quenda

instituto que fue de manuscritos de la

Academia de Ciencias Literarias y Artes
de Córdoba

Tomo 2.

Córdoba — 1873.



Conferencia primera.

= 4 Conferencias sobre
Historia popular
de Córdoba.

1 ^a	Fol.	1
2 ^a	"	45
3 ^a	"	91
4 ^a	"	137

Historia popular
de Portugal

1	20/	21
22	"	22
18	"	23
25	"	24

Conferencia primera.

Señores:

Entre las muchas dotes de que quiso privar me el Cielo, una de ellas, y quizá la que mas envidie, es la facultad de expresar mi pensamiento en el instante de concebirlo; porque mis ideas nunca se presentan una á una en sucesion ordenada, sino que todas llegan en tumulto, y como locas que pugnan por abandonar su encierro, unas á otras, se impiden la salida. Y como si ese obstáculo no fuera bastante á la

libre emision del pensamiento, quiso Dios
que mis organos de locucion fueran tor-
pes y trabajosos, como lo son los medios que
me diera para trasladarme. Surgad
pues, si tendré no ya raxon, sino una ver-
dadera necesidad, de que seas indulgentes
para mí y me escuchéis con vuestra na-
tural benevolencia.

Lo que acabais de oír, no es el obli-
gado tema de todo el que dirige su pala-
bra á un público inteligente é ilustrado,
no, es la expresion sincera del sentimiento
que me embarga, es el conocimiento de mi
insuficiencia ante el temor de molestar.

vuestra atencion sin fruto ni utilidad,
 y de aqui, el que como he dicho, no por
 formula, sino con una verdadera necesi-
 dad, os ruegue, el que teniendo unicamente
 en cuenta mi buen deseo, me presteis
 el auxilio de esa atencion benévola, con
 que tomamos aliento, los que franca y
 sinceramente la imploramos.

Contando unicamente con ella,
 es como he podido tener la audacia, que
 de tal la califico, de venir á ocupar es-
 te sitio despues de haber sido escuchado,
 en él los oradores que me han precedido:
 conste sin embargo, que lejos de tener

la pretenciosa idea de hombrarme con ellos, vengo solo aqui con el pensamiento de formar contraste, ser la sombra de su luz, y que el cansancio que yo os produzca, sea el estímullo que excite vuestro deseo de escucharlos nuevamente; lo cual, si á primera vista os parece un sacrificio, voy á explicaros la compensacion á que yo aspiro.

Señores, lo mismo en las familias que en las Colectividades de ellas que se llaman pueblos, existen fisica y moralmente rasgos característicos que las distinguen y de los cuales no pueden

desprenderse, porque son hijos de su orga-
nización; y de la misma manera que
yo no podría tornar negros mis ojos,
del mismo modo aun cuando tuviera
voluntad de hacerlo, no podría separar
de mí, el rasgo característico, la cualidad
distintiva de todo cordobez, la condición
inherente a todo el que ha tenido la
dicha^{da} nacer en nuestra ciudad, rasgo au-
tidad y condición, que es el amor a
ella.

El amor a Córdoba, es como he di-
cho, la cualidad dominante de todos
sus hijos. Nosotros lejos de ella, mo-

riríamos de Nostalgia como los naturales de las provincias de occidente, si esa enfermedad para apoderarse de nosotros no tuviera que luchar y ser vencida por el carácter alegre y expansivo de los que nacemos en las zonas meridionales. Nosotros amamos á nuestra ciudad con la pasión que nuestra sangre semi-arabe exige y cuando nos separamos de ella no morimos, por que en vez de llorar su ausencia, la cantamos.

Todos, cual mas, cual menos, habéis salido alguna vez de esta ciudad;

4
pues bien, yo estoy seguro que donde
quiera que el azar os haya conduci-
do, en vuestras horas de placer y pas-
tío, siempre en todas circunstancias, Cór-
doba se habrá presentado á vuestra
memoria, como recordais á vuestra ma-
dre cuando necesitais un consuelo, co-
mo recordais á vuestra esposa cuando
queris compartir un goce, como recor-
dais á vuestras hijas cuando veis un
adorno ó una joya que solo para ellas
deseariais adquirir. Y cuando á la ori-
lla del mar hayais contemplado el
grandioso espectáculo de ponerse el sol,

á la vista de aquellos brillantísimos, can-
biantes de luz, habreis recordado, los cor-
tinages de grana y los magníficos fle-
cos de oro, tras los cuales se oculta el
rey de los astros, las tardes de otoño, al
traspasar los cerros que dominan á la
lle hermosa. Y cuando hayais atravesado
las delicias de la hoy reina del Guadal-
quivir, y los jardines de nuestros sitios
reales; y los frondosos y extensos parques
extrangeros, yo estoy seguro, de que ha-
breis recordado nuestra sierra, y echado
de menos el perfume de sus limone-
ros, y su tapiz de flores, y esas me

lancólicas armonías, inimitables y in-
nombre, que las juguetonas auras, pro-
ducen en los naranjales, y habreis recor-
dado, si, ese cuadro y esa orquesta, con
que el Rubens y Mozart de los cie-
los, demuestra a' los Cordobeses su existen-
cia.

Nosotros amamos nuestra ciu-
dad como el pez al agua; como el
ave al aire; como la flor, a' la tier-
ra donde nutre su raíz: nosotros nece-
sitamos que todo cuanto nos rodea
participe de nuestra condicion, y aqui
todo se nos identifica: los pueblos, los

individuos, y los usos apenas llegan á
este suelo, se modifican y asimilan,
de lo cual resulta, que nuestra manera
de ser es singular, que nuestro trato,
que nuestra manera de vivir es en
familia, y todos nuestros actos tienen
un sello especial que los distingue ¿sa-
beris cual? la confianza.

Señores, la confianza es el elemen-
to en que el Cordobés vive y fuera del
cual no sabe hallarse. La confianza
es el troquel á que amoldamos ó me-
jor dicho, la imprimación, el fondo so-
bre el cual dibujamos todas las cosas;

la confianza ^{del ropage} es, con que todo lo vestimos.

Mirad sino á nuestro rededor y no tendremos que aducir mas pruebas.

El ateneo precisa y necesariamente al nacer entre nosotros, ha modificado sus condiciones; aqui no podia ser el aula severa, con su catedra y sus ordenadas filas de asientos; el ateneo no podia ser aqui una reunion de sabios, de oficio ú aficion, dedicada á enseñar y disputar sobre todos los ramos del saber. Nuestro ateneo, ya lo veis, tiene por local, el lugar predilecto de la familia en el estio; aqui vemos los repos, confundidos las sillas en desorden, y un

amigo que dice á otros lo que sabe y que ellos lo escuchan, no para aprender, sino para estimularlo á fin de que no desmaye en sus estudios. Quede sentado pues que la confianza es el elemento de vida de todos los Cordobeses, y que el amor á la ciudad en que nacimos sublimado al último grado de potencia, es nuestra cualidad mas característica.

Señores, la esencia del amor es una sea cualquiera el objeto á que se dirige. El que ama, y cuenta que para ningún otro el amor es apasionado, es eso que los médicos llaman un estado moroso, el

que ama, repito, por uno de esos misterios
del corazón que no se explican, haría
llover todas las calamidades del mundo
sobre el objeto de su amor, siempre que
estuviera en su mano el remedio de aque-
llos males; y de la misma manera, ale-
jaría de lo que ama todos los beneficios,
todos los favores que pudiera recibir, si
esos beneficios y favores no eran otorgados
por él, o al menos recibidos por su conduc-
to. Decid á un amante pobre que vive
solo con la felicidad de su amada que
un poderoso que también la adora,
va á elevarla al pináculo de la for-

tuna, y vereis preferir dejarla en la mi-
seria, antes que otro que el, le propor-
cione la dicha que tanto le desea.

Pues bien, todos sabeis porque ha-
ce algunos años que vengo repitiendolo
en todos los tonos, que Córdoba es el
amor de mis amores - Mi amor a la
ciudad en que he nacido es el que
sintetiza todas mis afeciones, y no
cambiaría la hora de ser un hijo por
la de serlo de pueblo alguno de la
tierra ¿sabeis porque? porque yo creo
que al nacer en su recinto, le debo la
fé de que esta lleno mi corazón; fé que

me dió, en el ambiente que en ella respi-
ré por vez primera; por que creo que el
entusiasmo á que tanto representa mi
alma, ella me lo ha dado en el pri-
mer rayo de su luz que lució mis ojos;
porque, Señores, de fe es la atmosfera
que rodea á Córdoba, y el entusiasmo
que no es otra cosa que la sublima-
ción del sentimiento, y el sentimiento re-
gido por el arte y la intuición de
lo bello, la poesía, es una nube que
Dios ha puesto sobre nuestra ciudad
para que cambiando en ella el sol
sus rayos, nos ilumine con ese color de

rosa, con que los cordobeses lo miramos to-
do.

Sentadas estas premisas, com-
prenderéis la razón porque yo que no
tengo ni dotes de orador, ni instrucción
suficiente para ocupar este sitio, he veni-
do á él empujado por lo que atrastra
á todos los amantes, por los celos: bien
se que como yo todos amais á Córdoba,
y que entre vosotros hay muchos que
os narrarian su historia con mas le-
vantado tono, con mas atildado estilo
y con mas caudal de erudición y doc-
trina; pero recordar el símil que

antes propuse del amante pobre y dis-
pensarme os robe otras explicaciones mas
solectas, dispensadme, si; tener en cuenta
que mi falta es hija de mi passion,
y que las pasiones son atenuantes
que reconocen todos los codigos.

Vamos á ocuparnos de la Historia
popular de Cordoba y ante todo debo
deciros que es lo que entiendo por his-
toria popular, y manifestaros, que yo
que Cordobés en todo, me gusta nadar
contra la corriente, no le he dado ese
nombre por seguir la moda de popula-
rizar todas las cosas. La llamo historia

popular porque me parece que es el
nombre que mas le cuadra, á la que
resulte de unas conferencias en que
yo voy á ser solamente el expositor de
las que los hijos de esta ciudad escri-
bieron, sino corregidas al menos aumen-
tadas, con esas tradiciones que son los viejos
pergaminos en que los pueblos escriben
sus proezas y de generacion en genera-
cion transmiten sus creencias, sus temores
y á veces tambien sus esperanzas. La
llamo historia popular, porque yo
que soy muy dado por las cosas raras
y los caminos desconocidos, he tenido la

estravagante idea de venir á este sitio
no solo á contar con vuestra indulgencia
sino á pedir vuestra cooperacion para
formar esa historia, y que unos con sus
ilustrados consejos, otros con sus acertadas
indicaciones, y todos con el auxilio de sus
noticias, hagamos una historia que no
le parezca á ninguna otra, que sea una
verdadera historia Cordobesa, la historia
en fin de las generaciones que pasaron,
escrita por la generacion presente. La
llamo por ultimo historia popular, por
que quiero que sea la historia del pueblo,
no la de la ciudad. La historia de Co-

do es á mi entender, la narracion
de los hechos que han tenido lugar
en su recinto; la del pueblo por el
contrario es la vida política, la manera
de ser de las generaciones que aquí naci-
eron, los hechos que sus individuos ejecu-
taron bien ajuntados ó de por sí; la par-
te que tomaron en las glorias y desgra-
cias de nuestra patria, lo que hicieron
en todos los ramos para su mejoramiento
ó decadencia. Y antes de pasar adelante
debo manifestar lo que para mí sig-
nifica la palabra Pueblo.

Para mí, el pueblo no es como

muchos creen las masas inconscientes como
hoy se dice; no es la plebe de todas las eda-
des; el pueblo son todas las clases laboriozas
y honradas, ya sean agricultoras ó artesanas
ya se dediquen al estudio, ya en fin vi-
van de su industria ya se sostengan con
los bienes que heredaran: pero al ocuparnos
del pueblo cordobez para historiarlo, nosotros
no podemos limitar á las clases media y
proletaria la Calificaci3n de pueblo, en el
tenemos que incluir á los magnates; en la
palabra pueblo vamos á confundir tam-
bién la iglesia, esa institucion hermana
de la libertad, que nacen juntas en el

Calvario, que ambas crecen en las cata-
cumbas, que se desarrollan combatiendo
juntas, á sus comunes enemigos, y separadas
no pueden ser otra cosa que Cain y Abel.
Si Señores, al recorrer la historia de nues-
tro pueblo hemos de tocar mas de una vez,
cuanto tiene de mentiroso eso que se propa-
la sin pararse á estudiarlo, de que la
iglesia ha sido enemiga de la libertad;
y cuanto tiene tambien de falsa la creen-
cia de que la aristocracia española y en
especial la cordobesa, fueron opresoras del
pueblo; eso no ha sido, eso no ha podido
ser tampoco. En España cuya nacionali-

dad nace y crece combatiendo, en Córdoba
frontera del agareno, cuando nuestro pueblo
se constituya, lo que entonces se llamaba los
tres brazos, no era posible se hicieran guerra,
como no es posible que se la hagan los uní-
cos de un mismo cuerpo, á quien duelen
todas las heridas en cualquiera parte
que las recibe: porque entonces la iglesia
era la cabeza que dirigía, la nobleza
el corazón que impulsaba y los hombres
buenos que así llamaban nuestros reyes
al pueblo, la fuerza que empujaba al
Africa los hijos de Yslán: el brazo que
esgrimía la espada; la mano en fin

que manejaba la harada y el cincel.
La Iglesia y la nobleza que como hemos
dicho eran la inteligencia y el sentimiento,
no podian ser las enemigas de la liber-
tad. Los reyes para ser absolutos tuvieron
que dividir el cuerpo social separando el cora-
zon y la cabeza de su tronco; apoyados
en la fuerza de las clases inferiores, y en
las ordenes religiosas que tenian en ellas
su origen, doménaron la aristocracia y la
verdadera Iglesia, y cuando vieron quebranta-
das ambas, arrebataron tambien sus fueros,
á los pueblos de que se habian servido.

¿Quién protestó entonces? ¿quién le

vanto' la bandera de las comunidades.²
i fueron los pueblos.² no: Juan de Padilla,
Brabo y Maldonado, el Obispo Acuña
con su escuadron de doscientos clérigos, son
los que sublevan las ciudades y las villas,
y cuando los labradores y menestrales
huyen desbandados ante el ejército im-
perial, las cabezas de Padilla y sus va-
lientes compañeros ruedan en el cadal-
zo de Villalar y el Obispo Acuña
muere ahorcado de las almenas del
Castillo de Simancas. Nobles y Sacer-
dotes son las primeras víctimas que los
Monarcas inmolan á su poder absoluto:

nobles y sacerdotes son los primeros mar-
tires de las libertades Castellanas; y Cór-
doba que como iremos viendo nunca fué
espectadora inerte de ninguna lucha
en que se ventilaran intereses patrios, Cór-
doba también contribuyó con sus hijos
á aquel levantamiento y una de sus
mas legítimas glorias, Gonzalo de Ayora
es degradado perseguido y proscrito por
comunero. Nobles y Sacerdotes son tam-
bién los Hombres y los frailes de San Pa-
blo que hacen simpatizar nuestra ciudad,
con las que estaban albradas en armas,
y enturbiaban las masas y ponen á

Córdoba en tal efervescencia, que los na-
listas temen, y en vez de tener sus
juntas en ella, como la llamada en to-
dos tiempos á ser la capital de Andalu-
cía, celebran la confederacion en la
Rambla. Y si retrocedemos catorce años,
hallaremos la gran figura de D. Pedro
Fernandez de Córdoba primer Marques
de Priego, tan calumniado por todos los
historiadores, es magnifico tipo de la
noblera tribunicia, de quien en su dia
me ocupare bastante, y entouces veremos
de que manera han llegado hasta nos-
otros desfigurados ciertos hechos.

No es posible, no, separar la nobleza,
de la historia del pueblo: no es posible,
tampoco, no, separar á la Iglesia ini-
ciadora en nuestra ciudad de todas las
resistencia legítimas, á esa iglesia cor-
dobesa siempre enemiga de la inquisi-
cion, siempre medianera entre el opre-
sor y el oprimido; no es posible, no, que
hagamos la historia del pueblo Cordobes,
sino las agrupamos, y en la palabra
pueblo no las incluimos.

Señores, recordareis que hace algunos
años, unos americanos, presentaron en
las primeras capitales de Europa, un

espectáculo curioso é instructivo, á la par
que honesto y agradable. Consistia en
un viage por uno de los principales
rios de su patria, viage que el especta-
dor hacia desde la butaca del teatro,
en cuyo escenario por medio de un
aparato ingenioso para hacer casi verda-
da la perspectiva, se desarrollaba un lienzo
interminable, en el cual estaban dibuja-
das nada menos que quinientas leguas
de sus pintorescas orillas, sin que faltase
uno solo de sus detalles. Pues bien, nos-
otros vamos á reproducir aqui ese espec-
táculo; la vida de nuestro pueblo, será el

gran río, mi palabra el lienzo vuestra
benevolencia, la adecuada luz, distan-
cia y el lente que disminuye la incor-
rección de la obra, porque ya habeis
visto por mis cuadros viejos, que yo
soy un pintor de brocha que no se dis-
tingue mas que por lo chillón de
los colores que emplea. En ese lienzo,
ocre, bermellón y humo, no ha de fal-
tar yo os lo aseguro; bermellón he dicho!
¿como no ha de haber bermellón donde
tantas escenas de sangre tendremos que
dibujar! ¿como ha de faltar el humo
cuando tanta cantilad necesitaremos?

para pintar el luto de tantos dias de amargura: pero vengamos al comienzo de nuestra narracion historica.

El pueblo cordobes no lo podemos considerar formado, hasta el momento de la reconquista yo no puedo ocuparme del pueblo de Córdoba, cuando es como sabeis, una Colonia romana o como si dijéramos el campamento fijo de una legion extranjera; yo no puedo ocuparme de la Córdoba goda; de esa época de destrucciones vandálicas, en que pueblos tras pueblos pasaron sobre nuestra ciudad como nos desbordados, soterrando la fundacion de Marcelo, con

tal limason de ruinas, que hoy solo en
profundisimos rincones descubrimos el es-
queleto de la ciudad, cuya coloral oramen-
to como la del Megatono, nos da una
idea de la magnitud de sus edificios. Yo
no puedo ocuparme tampoco de la Córdoba
Arabe, cuya situacion tanto cautivó á
las tribus del desierto, que olvidando sus
instintos nomadas, quemaron en ella sus
tiendas, y edificaron la Corte de sus Ca-
lifas.

Pero si yo no puedo ocuparme de esa
epoca porque no cumple á mi objeto,
y en hacerlo tendria un singular placer,

yo ruego á mi amigo el Sr. D. Rafael
Conde y Luque, que no por complacerme
nió por amor á la gloria de la ciudad
en que hemos nacido, se ocupe determina-
mente de sus lecciones de historia general
de España, de esa Córdoba Árabe y que
vindique á nuestros mártires, á quienes
tanto debe la reconquista de la patria.
Si, Señores, el espíritu de egoísmo é im-
piedad que hoy nos corroe, llama locos
y fanáticos, á esos mártires, que á mas de
mártires cristianos, eran heroes españoles.
Ellos fueron los que sostuvieron vivo el
sentimiento religioso y el Santo amor

á la independencia; sin su ejemplo, los
pueblos oprimidos, habrían acabado por
asimilarse y confundirse con sus domi-
nadores: sin su sacrificio, no se hubiera
exaltado el espíritu de caridad de las
nuestras cristianas, para lidiar hasta con-
seguir el rescate de sus hermanas; y si
abrimos á la par las actas de sus mar-
tirios, y la historia, veremos que por cada
cabeza de virgen cristiana que queda en
nuestras plazas, una villa agarena cae
en la frontera, en poder de los reyes de
Castilla. Lo ruego al Sr. fonde y fague
cuyas brillantes dotes oratorias conocéis

asi como admirais su gran erudicion y
talento, yo le ruego, repito, se fijé muy
particularmente en la tan coloral como
santa figura de Eulogio y en la tier-
na y fervorosa de Leocricia y que con
el respeto y la ^{numerosidad} ~~propiedad~~ que el sacerdote
emplea cuando limpia el vaso sagrado,
lave por decirlo asi, esas dos figuras de
la baba inmunda que la rabia de los
impios ha querido echar sobre su santi-
dad.

Alguno de mis oyentes, extrañará quiza,
que existiendo en nuestra ciudad duran-
te la dominacion sarracena, la poblacion

Muzarabe, núcleo y germen de la fu-
ramente cristiana de la reconquista,
no cupicemos en ella la historia del
pueblo que intentamos trazar.

Señores; la monarquía goda, no dejó
su existencia en el guadalet: allí, so-
lo recibió sus heridas mortales. Aquella
rara aunque degenerada y corrompida con-
servaba aun la bravura de su sangre: sus
vicios eran por decirlo así una enfermedad
cutánea que residía en las enrinencias,
en lo visible de aquella sociedad; en sus
reyes laivos, en sus magnates ambiciosos
y en sus obispos traidores; pero aquella

raza en su interior tenia encarnada
la idea católica que en nuestro suelo ha
bia adquirido, y con ella el origen de to
da salud y el principio de todas las virtu
des. La monarquía goda herida de muer
te en los campos de Jerez no se hun
dió en el Guadalete, las naciones fuertes
y los hombres bravos, ni una sola bata
lla las destruye, ni un solo golpe los
remata: la monarquía al abandonar
el campo tras ocho días de lucha deja
en el la corona pero conserva la esp
da en las convulsiones de tres años de
agonia y cuando cae en asturias, la

recoge D. Pelayo y con ella y la cruz,
dá vida á la nueva Monarquía espa-
ñola.

Córdoba sorprendida segun unos, si-
tiada tres meses segun otros abre sus
puertas á los moros: sus próceres y la
parte viril de la poblacion retirase á
Toledo; cae esta ciudad, se rinde Mé-
rida, y cuando desvanecido el paño
^{que} de la derrota del Guadalete y de las
rapidas conquistas de los arabes habia
causado en los españoles, corridos de su
cobardia y conociendo que la religion
y la patria tenían derecho á exigir,

de ellos mayores sacrificios, vuelan á Asturias á lavar su mancha bajo la sombra del pendon cristiano. Esa emigracion de todos los pueblos á la par, dió la robustez que la nueva Monarquia necesitaba para ensanchar sus limites. Llega el Siglo XII: D. Alonso 1.º de Aragon se acerca á Córdoba y diez mil familias cristianas, que equivalen casi á la poblacion actual, abandonan sus casas y bienes, y se incorporan á sus victoriosas huestes: irritados los moros por esta derrocion, prenden, atormentan y finalmente

deportan al Africa á todos los Murarabes que no habian seguido al Monarca aragonés y el pueblo originario se extingue en este suelo.

He aquí, señores, la razón porque yo no he podido empezar la historia del pueblo Cordobés antes de la reconquista de nuestra ciudad - el pueblo no existía cuando S. Fernando se apodera de Córdoba: si el pueblo cristiano hubiera existido, la venida del Rey no hubiera sido necesaria; en cambio el asalto y conservación de la Alcazaría no hubiese sido tan glorioso.

En la conferencia inmediata, nos ocuparemos detenidamente de la sorpresa de Córdoba su sitio, entrega y repartimiento: de la formación, de el nacimiento por decirlo así, de un pueblo que entra en la vida de sus semejantes, en infancia en adolescencia; de un pueblo que abre las puertas de su historia, con uno de los hechos mas gloriosos que se registran en los anales de las naciones.

Nadie ha podido decir con mas verdad que los ganadores de Córdoba refiriendonos a' ella, lo que Juan de Padilla decia en las Cortes de Alcalá, resistiendo el tributo

con que el flamenco Lebrés queria grabar
á la Noblera". habemos nosotros conquista
do estos reinos y nuestros son como pres de
nuestra fama y galardon de nuestra san
gre" Gloria al Adelado Domingo Muñoz
y al adelantado Alvar Perez de Castro;
gloria á los dos Tafures y Martin de
Argote y sus almogavares; pero gloria
y honor sobre todos á Benito Baños y
Alvaro Colodr, simples soldados que con
cibieron el pensamiento de sorprender la
Capital de un reino poderoso aun, y
tornaron sobre si la parte mas arriesga
da de la empresa; gloria si á esos pila

bellos, cuyo noble corazon, sin otro estímullo
lo que el de la fe y amor á la patria,
conciben y ejecutan, uno de los hechos
mas admirables de nuestra historia.

Para venir á él, es necesario que arran-
quemos nuestra narracion, que partamos
de la celebre batalla de las Navas, y
que en la leccion presente demos á cono-
cer la procedencia de los pobladores de
nuestra ciudad, padres de las generaciones
cuyo compendio historico tenemos la au-
dacia de acometer.

¿Que era lo que se preparaba en la
imperial Toledo en los primeros dias

de Junio de 1.242 que por todas partes no se veian mas que nobles y Palacios, por todas partes armas y bastimentos, por todas partes guerreros, no ya de todos los puntos de España sino de todos los reinos cristianos? Lo que se preparaba en Toledo, no era otra cosa que una funcion de desagravios, segun el espiritu de la época; desagravios que iban á cubrir el lugar de su execucion de doscientos veinte y cinco mil cadáveres.

Para dar una idea del espiritu que animaba aquella sociedad y las causas ocasionales del grandioso hecho que se

preparaba tenemos que retroceder to-
davía mas; porque Señores, la batalla
de las Navas punto de partida que
vamos á tomar como base de la recon-
quista de Córdoba y de la total es-
pulsión de los moros despues es un he-
cho que unece nuestro estudio, porque
en el se encuentra retratada la fisono-
mia especial del siglo XIII, siglo de
incesante lucha, en que la vida era lo
que menos se apreciaba; siglo en que el
espíritu caballeresco estaba en todo su
apogeo.

La batalla de las Navas tuvo

un prologo. Algunos años antes, el Rey
D. Alonso VIII. aprovechando la ausen-
cia de Yacub-ben-Lunuf, emperador de
los almohades, habia entrado atrevidamen-
te por medio de los dominios musulma-
nes y penetrando hasta Algeciras, desde
donde escribió al moro la siguiente carta.

"En el nombre de Dios Clemente y
Misericordioso, el Rey de los Cristianos al
Rey de los Muslines- Puesto que segun
parece no puedes venir contra mi, ni en-
viar tus gentes, enviame barcos que yo
pasaré con mis cristianos donde tu estés,
y pelearé contigo en tu misma tierra con

condicion: que si me vencieres seré tu cautivo y tendrás grandes despojos y tu serás quien dé la ley; mas si yo venzo, entonces todo será uno y yo seré quien se la dé al islán"

Enfureciöse Aben Yusuf al leer esta arrogante carta y llamando á su hijo Sid-Mohamed le hizo escribir al respaldo estas palabras.

"Dijo Alá Todopoderoso: Revolveré contra ellos y los haré polvo de podredumbre con ejércitos que no han visto, y de los cuales no podrán escapar, y los sumiré en profundidad y los derriba-

re''

La carta se remitió inmediatamente á D. Alfonso por un mensagero y se escribió al mismo tiempo á todos los pueblos del Almagreb para que de todas partes acudiesen á la guerra Santa, embarcándose para España con un inmenso número de gentes. El rey de Castilla al saber las innumerables fuerzas de Yusef retirase á Toledo: pide auxilio á los reyes de Leon, Aragon y Navarra y sin esperar su llegada, sale al encuentro de los moros y es derrotado en Alarcos donde quedan tendidos

veinte mil castellanos y las órdenes militares, pierden casi toda su gente.

El rey retador, vencido, retirase de nuevo a Toledo, y achacando su derrota a la morosidad de sus auxiliares, ajusta treguas con los infieles y declara la guerra a su primo el Rey de Leon, guerra que termina con el casamiento de este con la infanta D.^a Berenguela de cuyo matrimonio nació nuestro glorioso conquistador el gran Fernando III el Santo.

Apenas terminada la tregua que D. Alonso ajustara con los moros, cuando

ardiendo en deseos de vengar la derrota
de Alarcos, entra por Baera, Jaen y
Andujar; sus correrias irritan al mo-
narca africano Mohamed-aben Ya-
cub; jura vengarse de tanto ultraje
predica la guerra Santa y embarcare
para España al frente del mas pode-
roso exercito de cuantos hasta entonces
habian pasado el estrecho, y que unido
á los reuelos de España le hacen subir
á medio millon de hombres. Envia Car-
teles no solo á D. Alonso, sino á todos
los principes cristianos, estampando en
ellos atroces blasfemias y jurando que

habia de borrar de la faz de la
tierra el signo de la Santa Cruz, y ofe-
ciendo en ellos al papa, que planta-
ría un encina sobre la cupula de San
Pedro y convertiría sus porticos en es-
tablos de los caballos de su guardia ne-
gra.

En grito de horror é indignacion res-
ponde al reto de los barbaros: la europa
entera se conmueve: Roma tiembla, el
papa Ynocencio 3.^o descalzo, seguido de
sus cardenales y hasta de las Virgenes
del Señor destocadas y llorosas, caminan
en procesion de rogativa á la Basílica.

de San Juan de Letran, y el pueblo
entero se precipita tras el pastor Santo:
el Arzobispo de Toledo D. Rodrigo Li-
menes de Rada recorre Francia, Italia
y Alemania predicando la cruzada
como otro Pedro el hermitaño y vuelve
á España seguido de 40 mil infantes
y 12 mil ginetes extranjeros, en cuyos
pechos luce la cruz bermeja de los
Cruzados de Palestina.

Toledo, la imperial Toledo, no pue-
de contener dentro de sí las formida-
bles luerces cristianas y sus blancas
tiendas se extienden por ambas marge-

nes del Tago, cubren sus vegas y lle-
nan los pueblos circunvecinos. Allí es-
ta el Rey de Aragon con un brillante
ejercito a quien el Rey de Castilla con
sus nobles y el Arzobispo con su clero
han recibido procesionalmente. Entre
los 30 mil infantes y 10 mil Caballos
que siguen a Pedro 2.^o esta la flor de
la noblera de Aragon y Cataluna: allí
estan los escuadrones portugueses cortos
en numero pero de los primeros en bra-
vura: allí finalmente estan todos los
hijosdalgos de Castilla, Asturias y Galicia,
segundos de sus escuderos que no pueden

contarse, porque en los dominios del Rey
de Castilla no ha quedado un hombre
que pudiendo manejar un arma, no
haya corrido á esgrimirla en desagra-
vio de las ofensas hechas á la Santa
Cruz.

La Cruz de Cristo, el Santo signo
de la redencion, el emblema de todas
las virtudes, la representacion del valor,
la sacrosanta enseña de los exercitos
cristianos, habian sido ofendida; y los Ca-
balleros que la llevaban sobre el pecho
y los plevellos que la tenian dentro del
corazon, todos estimulados por la fe y

aguijoneados por el corage, ansiaban
el momento de salir al encuentro de
los infieles, que aunque superiores en
número habian resuelto asperar á los
cristianos, en la Sierra, calculando
que la falta de bastimentos y los
trabajos que habian de sufrir al paso
de los desfiladeros, quebrantaria su
brío y les seria mas facil exterminar
los.

El 20 de junio del año citado de
1.212 el exercito cristiano sale de To-
ledo seguido de 70 mil carros y provi-
siones: arrasa á su paso á Malagon

y Calatrava y llega por fin a las
faldas de Sierra morena cuyos pasos
practicables tenian de antemano to-
mados los infieles, que sabiendo que
las legiones extranjeras se habian se-
parado lo pretexto de no poder
soportar los calores de la estacion,
confiaban en que fueras tan heteroge-
neas se dividirian antes de combatir
y Mahamad que los miraba con el
Aguila a su presa, solo esperaba ese
momento para lanzar su exercito en
la llanura.

Terrible era el conflicto de las

huestes cristianas; los pasos de la sierra
no podian forrarse; retroceder enfrente
del enemigo para buscar otro punto
por donde penetrar en Andalucía, era des-
honrarse y perder la fuerza moral de
aquel ejército, que tanto necesitaba de
ella como el reino numeroso, y sin em-
bargo los jefes reunidos en Consejo opi-
nan que es preciso retirarse. "Antes mo-
rir, dice el Monarca Castellano, buscar
al enemigo es lo que toca á nos y Dios
hará su voluntad" Un pastor se pre-
senta á los reyes coligados y ofrece
conducir el ejército por un camino solo

de él conuido y en efecto, los cristianos
guiados por él, ganaron la cima de
la montaña y plantaron sus tiendas
frente al campamento del Mina
mamolin Alivohade, el sábado 14 de
Julio 24 días después de su salida de
Toledo.

En aquel tiempo en que el senti
miento lo dominaba todo, no había
nada sin explicacion que no se tuvie
ra por sobrenatural; hoy no vemos
el milagro en nada, y entonces por
el contrario, todo tenía su explicacion
en lo milagroso. El desconocido pastor,

fue tomado por un angel por unos; los
del Consejo de Madrid que era una de
las muchas villas que habian acudido
con sus enseñas, aseguraban que ha-
bia sido su patrono San Lúdo, y
sin embargo el buen pastor era un sin-
ple mortal que se llamaba Martín
Blaja que ennoblecido por el rey to-
mo por armas siete jaqueles rojos en
campo de oro y seis cabezas de vaca por
orla, en memoria de la calabera de
este criminal que él dió a los explora-
dores que encontrarian como señal en
su camino. Cabeza de Vaca se llama

con sus descendientes y ya como Cabal-
leros poderosos acompañaron á San
Fernando en la conquista de Córdoba
y Sevilla en cuya última ciudad
obtuvieron repartimiento.

Señores, he dicho que la batalla
de las Navas retrataba su época, y
siento no poder ocuparme de ella
con toda la extensión que desearia,
porque se presta á muchas y varia-
das reflexiones. El ejército cristiano
descansa al día siguiente, á pesar
de los retos de los moros, que todo
el día tienen formadas sus batallas

enfrente, y sus caballeros caracolean, aban-
ran y llegan hasta arrojan sus guantes
de hierro por cima de las barreras cris-
tianas, desafiando nuestros paladines que
los desprecian, por que es Domingo y el
Rey quiere se quite y santifique la fes-
tividad del dia: mas sin piedad y pru-
dencia, la toman los moros á cobardia y
Muhamad envia corredores á Baera
y Jaen, para que sus Alcaldes sepan que
los cristianos estan perdidos y que los re-
yes de Castilla, Navarra y Aragon se-
ran al dia siguiente sus esclavos. "Cor-
red les dice y que estas nuevas llevadas

de pueblo en pueblo, resuenen al otro lado
del mar" ¡tan seguro estaba de la victoria!

Llega la noche: en el campo moro re-
suenan continuados gritos de júbilo y el
son de sus pifanos y lilies, iinterin en el
real de los cristianos solo se escucha el sordo
raspar de los asperones con que los almu-
gasares agusan sus dardos, y la ruda
cántiga conque algun soldado arago-
nés o catalán implora á media voz las
virgenes de Monserrate y el Pilar: el
Arzobispo, los obispos, los Reyes y sus ca-
pitanes rondan de punto en punto: y
apenas aroma por el Oriente la estrella

de la mañana, atruenan el Campamento
los atambores y clarines; armanse los Sol-
dados, y cada cual corre al lado de su
jefe. A la placida luz de la albor-
da miranse las huestes cristianas de ro-
dillas, y á su frente los sacerdotes y pre-
lados que celebran el sacrificio incruento,
terminado el cual comunican los Jefes y
el Arzobispo D. Rodrigo en nombre del
Pontífice concede á los que mueran por
la Cruz la remision de todos sus pe-
cados, y excomulga á los que persiguien-
do al enemigo se detenga á recoger des-
pojos.

Salen el Sol y el egerito cristiano
abanza al encuentro del infiel; al fran-
te de la Vanguardia va el Sr. de Vizca-
ya D. Diego Lopez de Haro, y con el
los infamones y los conuejos de las villas
castellanas: con el van los padres y unidos
de los que han de ser pobladores de Córdo-
ba 24 años despues: con el van los Gon-
goras que en memoria de esta batalla
ponen en forma de Cruz los cinco leones
de su escudo, con el van los Muñoces que
despues se llamaran Córdobas y los Meneses
y los Lanas, y los Mesias y los Piedrolas,
y los Argotes y los Rios y los Aguayoz

y los Castros y todos los que proceden de
Castilla, Asturias, Galicia y la Navarra.
Con el rey de Aragon viene D. Artal
de Foxes con sus deudos y D. Ponce de Ca
brera y los Heredias y Tafures, alli es
tan en fin todos los progenitores de las
ilustres casas que habian de llenar la
historia de Córdoba, con sus preclaros he
chos. La vanguardia se componia de
40 mil infantes y 10 mil caballos. El
centro lo mandaba el rey de Castilla; la
derecha el de Navarra; la izquierda
el de Aragon:

El ejército nunbu tenia a' van

guardia 160 mil alarabes y bereberes
llegados del Africa mezclados con algu-
nas tropas de los Cadis de España,
en el centro sobre una colina se mira-
ba alzada la tienda de terciopelo rojo
del Emir y a su puerta sentado sobre
su escudo estaba Mohamad rodeado de
Alfaguas cerca de si el caballo y de-
lante la espada desnuda y el coraron
símbolos de la fuerza y la doctrina
y alrededor un círculo de 40 mil ne-
gros atados unos a otros, con la rodilla
en tierra y las lanzas clavadas los cuer-
pos en el suelo; todo el perimetro de la for-

macion lo rodeaba un palenque de fuertes cadenas y delante tres mil Camellos ligados tambien con cadenas de hierro, constituian la primera defensa de aquel formidable cuadro.

El Jefe de la vanguardia cristiana, el temido Señor de Vircayo Don Diego Lopez de Alaro, á mas del estímullo de su fe, llevaba en aquella ocasion el de vindicar su honra maltratada en Alaros, y tal vez el deseo de perder la vida, que disgustos domésticos, acibaraban en medio de su grandera. Decian, que el dia de la batalla de Alaros Don Die

go disgustado con el Rey porque habia
dicho que los Caballeros extremeños eran
tan buenos como los Castellanos, no habia
cumplido como era su deber, dando lu-
gar á que un historiador cohetaneo
dijese: "No quiso Dios que los Cristianos
saliesen de alli honrados; porque no
ayudaron á su rey como debian, por
eso fueron deshechos y malandantes".
Decian tambien que la mañana de
aquella batalla, sobrado presuntuoso, ha-
bia ofrecido cuatro coras, que el mismo
dia habia dejado de cumplir. Erav es-
tas: 1.^a no dejar á su Señor en el campo

y retirarse él con la bandera como al
ferer mayor que era: 2.^a que nunca da
ría villa ó Castillo de su Rey: 3.^a que
no daría rhemes que no quitaba y
4.^a que despues de huir con la espue
la al caballo para acometer al enemi
go que no retrocederia. A todas causas
cuatro cosas faltó; porque viendo perdi
da la batalla dejó al Rey y se entró
con el pendon en el Castillo; como lo
encontrase lleno de gente y sin basti
mentos, salió y arremetió á los moros,
pero como notase que nadie lo seguia,
volvió á la fortalera y en ella concertó

su entrega y dió 12 rehenes á Don
Fernando de Castro que por sus enemis-
tades con los Laras andaba desterrado
de Castilla y servia con los ruoros; acha
que muy comun en aquellos tiempos
á caballeros por otra parte muy hon-
rados y del cual, como sabéis, no
se libró el mismo Guzman el Bueno.

Hemos hablado de los disgustos de
místicos del de Haro y daremos una
ligera pincelada sobre ellos, porque
creemos, que estos episodios son eso que
los pintores llaman boquez de efecto,
que determinan no solo el caracter,

del sugeto, sino tambien la fisonomia de la época en que tienen lugar.

D.^a Maria Manrique, su esposa, le habia sido infiel, y el altivo caballero que no la habia perdonado en vida, queriendo castigarla aun despues de muerta, la enterró en la puerta del convento de las Huelgas, en cuyo coro yacian sus padres, hizo poner en la tumba su busto de relieve, y la inscripcion donde constaba la causa de estar en aquel sitio, y alli estuvo pisoteada de todo el que entro en el templo hasta que dos siglos despues reparando en ella el emperador Carlos V, informado del

suceso, la mando llevar al coro diciendo:
pongan á esa Señora con sus padres que
ya tiene hecha esta penitencia."

Y aqui teneis, Señores, la explicacion
de esas palabras que todos los historiadores
de la batalla de las Navas mencionan,
de que cuando Don Diego de Haro mar-
chaba al encuentro de los moros, se le acer-
có su hijo y aludiendo á lo de Haros
le dijo:

— Señor hacer de modo en esta batalla
que no se me llame hijo de traidor.

— Hijo de mala madre te llamarán
no de traidor dijo colérico D. Diego.

— Lo lo prefiero replicó, su hijo y enris-
trando las lanzas partieron hacia el enemigo
seguidos de sus 500 Caballeros y de toda
la vanguardia, que como el torrente que
se precipita desde la montaña sobre
una roca, revoto dispersándose los de los
consejos, que habían sufrido el primer choque.

Y cuentan, que viendo el Rey D. Alonso
retroceder una enseña que era la de Madrid;
pero que el confundió el oro de la buena
villa con los lobos de los Haros, se dirigió
al Arzobispo y "acorramos a' los de lat.^a
haz que están en gran apicamiento,
dijo, y moramos aqui vos y yo u' fue-

na preciso."

— Non quiera Dios que aqui murados, le
contestó el prelado, antes aqui habedez
de triunfar de los enemigos. Y si Dios
otra cosa toviere por bien, todos somos pre-
tos á morir con vos e por vos."

Mas como en aquel instante Don
Alonso viera que unos moros venian per-
siguiendo á pedradas á uno de los mu-
chos sacerdotes que andaban reventados por
el campo, exportando las huesas, sin
que sus Caballeros furan bastantes á
contenerle, metió la espuela al caballo
y seguido de todo el ejército cae sobre

el real enemigo que resiste la investida que aun tiempo le dieran los tres reyes, que en vano jugaban por romper el triple muro de camellos, cadenas y hombres que como dijimos rodilla en tierra y clavadas las lanzas, resisten el empuje de toda la caballeria cristiana.

De pronto un alarido que aun tiempo expresa, espanto, coraje y subilo, resuena en el ejercito de Castilla; Alvar Nunez de Lara que conduce el pendon Real en cuyo centro campea la imagen de Maria, liere el lijar de su potente conel de batalla, y dando un salto como jamas se viera

traspasa las ballas del hasta entonces
impuñable campamento y cae en medio
de los arremetidos Sarracenos. Los solda-
dos de Cristo al ver la imagen de la
Santa Virgen en medio de los infieles
y próxima a ser abatida, siguen el
camino trazado por el valiente Lara,
interin que por otro punto el Rey de
Navarra rompe las cadenas y penetra
en el real agarrino llevando la muerte
delante de sí.

¿Luz hacia en tanto el Miramano-
lin? Sentado en su tienda vestida la
Almoxia del fundador de los Almo-

hades continuaba fija la vista en el Corán
y repitiendo sin cesar "Solo Dios es veraz,
Iatana es perfido" hasta que llegando
un alarabe con una yegua aun mas
que el viento corredora le dijo "¿hasta
cuando será o Emir que permanezcas sentado?
el juicio de Dios se ha cumplido y los
musulines son los derrotados". Moharnad en
tonces montó en la yegua que el fiel
servidor le presentara, buyo solo, y como
al llegar a Ubeda le preguntase su
Alcaide que nuevas traia del Emir."
¿tando desfigura la advenidad, que
ya no me conoces?" dijo y siguió su

carrera hasta Jaen.

Los cristianos lucieron en los moros una carnicería espantosa, pues tenían orden de no dar á nadie cuartel, y recogieron un botín inmenso: Astas de lauras fu' la leña que se consumió durante tres dias, tal era el número de armas que cubria el campo, sobre el cual y antes que se ocultara el memorable Sol del 16 de Julio, el Arzobispo D. Rodrigo y los siete Obispos que habia en el ejército, acompañados de gran número de sacerdotes, entonaron el Te-Deum en canto de júbilo, que yo Señores daría de buena voluntad

la música de todas las operas y orfeones
del mundo, por haberlo enuchado á dos
cientos mil guerreros que llorando de
alegría, dice el cronista, daban gracias
á Dios por tan señalado triunfo, y con
el despedían al sol que habían alumbrado
tan gran victoria.

Todo allí señores, estuvo á la altura
de tan gran día; el Rey D. Alonso en
comendo á D. Diego de Haro el reparto de
las inmensas riquezas cogidas á los moros,
empresa que requeria gran tino en un exer-
cito compuesto de tan diversas gentes, y
don Diego desempeño su cometido confor-

me con la gran fama de discreto que
tenia

"Señor dijo el de Haro, todo lo que
á' vos y á' nos los fijos dalgos nos corres-
ponde de esta batalla, conviene á' saber
lo que está' en el corral que el Mira-
mano lin ceró' con cadenas, na todo de
los reyes de Aragon y Navarra; y á'
vos tr. doy la honra de esta batalla, que
á' vos es debida, y todo el haber y despo-
jo de fuera del corral, todos los que
lo hubieron, lo hayan cada uno como
lo alcanro."

Entonces el Rey de Aragon que no

quiso mas gaje que la tienda, el pendon
y la laurea de Mahomad, llamo' a' uno
de sus caballeros y entregándole el pen-
don del Miramamolín." Partid a' Roma,
con esta bandera, le dijo; dadla al Santo
Padre Quocencio III: decidle de nuestra
parte que la coloque en la Basílica
de San Pedro, para que se cumplan en
parte las amenazas de aquel perro in-
fiel."

La Iglesia Señores, tenia que desempe-
ñar alli otro papel, y lo cumplió tam-
bien; la tan gloriosa como calumnia
da iglesia española, siempre pronta

a' defender con la palabra la doctrina,
y la independencia con la espada, siem-
pre pronta a' ser el escudo del debil y
el freno del poderoso; la verdadera ije-
ria española siempre rigida censora de
los reyes y nunca su aduladora corte-
sana; cuando todo allagaba la soberbia
de aquel Monarca, que acababa de ganar
una de las mas brillantes victorias que
se registran en los anales del mundo,
triunfo cuya honra el Señor de Virre-
ya acaba de señalarle como pres de
ella, a' ese gran Rey le dijo por boca
del arzobispo Don Rodrigo.

"Acordaos de que el favor de Dios ha
suplido vuestra flaqueza; y no olvideis tam-
poco que al auxilio de vuestros generosos
soldados, es a quien debéis la gloria de es-
te día."

Si la batalla de las Navas ja-
mas se habrían abierto las puertas de An-
dalucía; tras ella y en otras campañas,
muchas cayeron Ubeda, Baeza, Martos,
Andújar, Montoro y Priélanca, en es-
tas ciudades y villas fueron radicando
los guerreros ilustres que habían de
plantar la Cruz de Cristo, sobre el al-
minar de la gran Caba de Occidente.

Desde esa batalla celebra, paso a paso,
y de pueblo en pueblo, se fueron acercan-
do a' Co'doba como leones cautelosos que
van tras codiciada presa, los bravos ca-
baleros y Soldados que habian de con-
quistarla y ser, segun nuestro peculiar
lenguage, las cepas de las novitissimas
familias que la enalteceran con sus
hechos, y cuyos apellidos la mayor par-
te no los conocemos hoy, porque las fa-
milias, lo mismo que las raras, pare-
cen como los individuos.

Dejamos por hoy en la frontera,
a' los valientes que meditan desde ella,

el mas atrevido golpe de mano que
se conoce; la toma de la Atarguía
es uno de esos hechos cuyo intento aun
cuando no se hubiera conseguido, sin-
pre seria un timbre de gloria para el
que lo concibiera. De él nos ocupa-
remos en la conferencia inmediata;
y en las siguientes, si a' mas de vues-
tra atencion me favoreceis con vuestros
consejos y me auxiliáis con vuestras
noticias, iremos estudiando la curiosa
historia de nuestro pueblo, en la
que habremos de incluir la vida de
sus preclaros varones, y tambien de sus

mujeres ilustres; porque aqui como en todas partes, era mitad el género humano, cuya calificación calla mi labio, aqui como en todas partes, repito, ha ejercido el influjo que la madre cristiana ejerce en la moral; el influjo que en la política ejercen, las madres, que como las mujeres de espanta, comprendieron, que vale mil veces mas, llorar sobre la tumba de un mártir o de un hero, que uncer la cuna, y pasar la vida, al lado de un cobarde.

He dicho.

Conferencia Segunda.

Señores:

Recordareis que nuestra conferencia anterior la suspendimos en el momento en que después de la batalla de las Navas y las campañas que la habían seguido, los Cristianos se en-contraban dueños de los pueblos fronterizos mas importantes, y meditaban la manera de colocar el ligero sacrosanto de nuestra redención sobre la Media luna que corona la alminar, de era Mezquita; inapreciable joya que hoy podemos enseñar á los

extraños: porque la Cruz, al extender sus bra-
zos sobre ella, fue la égida preservadora
de las injurias del tiempo, y del furor
devastador del hombre.

Antes de dar comienzo á la narracion
del hecho, asunto principal con que he de
proteger vuestra atencion en este troche, y
á fin de no interrumpirla en las sucesivas,
para dar explicaciones del origen de ciertos
títulos y empleos; empezaremos hoy nues-
tra conferencia diciendo, que eran, y que im-
portancia tenian los Adelantados y Adali-
des: títulos y empleos, á que tantas veces
tendremos que referirnos; pero antes ne-

esitamos dar una ligera idea de lo que eran los ejércitos de entonces, y en lo que consistía su armamento.

En la época en que vamos á comenzar nuestra historia, España, en incesante lucha ora un estado militar cuyas leyes, entonces y por mucho tiempo, no eran otra cosa que ordenanzas. Todos los varones útiles desde la edad de veinticinco á la de cincuenta años estaban sujetos al servicio de las armas; y como todas las obligaciones del Estado estaban reducidas á defender el territorio, y acrecentarlo, los tributos se denominaban con arreglo á lo que lo motivaba, ó á la inver-

sion que iban á tener. La obligacion de de-
fender la patria no cesaba, porque el indivi-
duo por sus defectos físicos no pudiera acom-
pañar las huestes: el exento del servicio
por cualquier concepto pagaba la anubda
la forzadera, el carnero militar, el escusa-
do y la caballería: tributos que tenían por
objeto, segun el orden, con que los hemos nom-
brado, pagar el sueldo del cursor, cubrir
los gastos del forzado ó campaña, la compra
de reses para el abastecimiento de las tropas,
el reparo y armamento de las fortificaciones,
y el sueldo con que el Señor remuneraba á
los ginetes que le seguían. Todos estos tri-

buros pesaban sobre los excusados, en propor-
cion á sus medios, y de aqui viene ese modis-
mo de nuestra lengua de meterse en la ven-
ta del excusado, que es mas antiguo que
el privilegio de cuna de ciertas casas, que
pagaban el diezmo al Rey, en vez de á
la Iglesia en que radicaban. El que concar-
ria á la guerra no solo no pagaba, sino que
recibia; si era noble, el acostumbrado, que consis-
tia en tierras, de que era usufructuario: y si
plebeyo, la soldada y racion correspondiente
á las armas que concurría; porque las ar-
mas eran del Soldado y el Concejo solo tenia
obligacion de proveer á los de caballo, de col-

zas, capas de color y espuelas: y á todos de
las raciones necesarias para mantenerse has-
ta el punto donde el Adelantado ordenaba
la reunion, á fin de no gravar los pueblos del
transito. Una vez incorporadas las mercedes
de los señorios y villas del ejército, su man-
tenimiento corría á cargo del Rey. En aquella
época de sentimiento, en que las manifesta-
ciones de la vida no se reconcentraban como
hoy en día, amar y aborrecer eran las dos ú-
nicas fases de la existencia. Patria, Religión,
y Amor; hé aquí tres palabras que cada
una de ellas basta para enardecer el co-
razon, y que todas juntas dirán á vues-

40
tra imaginacion lo que era aquella edad,
mejor que todos mis razonamientos. Amar
y aborrecer: he ahí los polos de aquella Socie-
dad, grande en virtudes y crímenes, en que
la Religion y el honor, como los encontrados ríen-
tes del desierto empujaban al hombre hacia
la muerte; y el recuerdo del verde oasis de la
muger amada lo detenía en el dintel del clau-
stro, y en el límite del valor y la temeridad.

El amor á Dios, al Procy personificación
de la patria, y á su dura, imponente severi-
dad deberes con los que estaban en armonía
la crueldad de los castigos y la importancia
de los premios. El traidor y desleal debía

morir "de la mas extraña muerte" que se pu-
diese^{ra} decir la ley, y el confiscamiento de sus
bienes, y la deshonra legada, envolvian en su
ruina á todos los seres que amaba su corazón.
El cadaver del traidor debia ser arrastrado por
las calles y campos, y despedazado despues. La
pena con el maximo de su rigor alcanzaba á
todos sus cómplices. Un juramento de fraternidad en
frente del enemigo debia ser tal, que para con-
servarlo, el que en el cumplimiento promovie-
se á una de que resultaba muerte, debia ser en-
terrado vivo bajo el cadaver de su contrario.
La voz de la patria en peligro no podia de-
jar de ser escuchada, aun cuando el miedo ta-

pase los oídos del cobardo. Si los clarines del
Señor desde las almenas de su Castillo daban
el toque de apellido, ó la paupana del Concej
tania á rebato; i desgraciado del que inme-
diatamente no se presentase armado en el
stero! Con una cadena al cuello se le pasen-
ba sobre un asno, y en el fondo de una mazmor-
ra disputaba por cierto tiempo su existencia
á la infección y al hambre. El robo en tiempo
de guerra era castigado con la pérdida de las
orejas, ó la mano con que se había perpetu-
do el delito, y si el hurto era de víveres destina-
dos á la muerte, y el ladrón reincidente, se le
hacía morir de hambre. Impedir á la jus-

hacia ejercer su accion, era penado con la muerte. Negarle auxilio, quando, aunque fuera un alguacil, gritaba favor al Rey, era castigado, y en alto grado peligroso.

Los premios eran inmediatos e importantes. Los tres primeros que entraban en una plaza tenian derecho, el primero á mil maravedís, y á una de las mejores casas conquistadas, exceptuando el Alcazar y la casa de moneda, que de derecho correspondian al Rey. El segundo, á quinientos maravedís, y á otra casa á su eleccion; y el tercero á la mitad de era muna, y á otra casa elegida fuera de las dos anteriores. A cada uno

correspondían dos prisioneros elegidos entre los
principales, y todas aquellas cosas que habían
encontrado en el saqueo. El galardón de una
hazaña nunca se hacía esperar. La patria no
era un ser abstracto é invisible. Su personificación,
el Rey, estaba siempre presente por sí, ó por
sus omnímodos delegados en todos los hechos
importantes que ocurrían; y el espíritu de
la justicia distributiva era el alma de una
sociedad, que sin ella, no hubiera podido
existir. Era una época de sentimientos: y el a-
mor, la esperanza y el miedo arrastraban
el corazón con triple fuerza que tren de
nuestras locomotoras. Sobre el campo de

batalla era el siervo manumitido. En el lugar del
combate era ennoblecido el plebeyo. En la puer-
ta de la villa conquistada era el fidalgo he-
cho señor; y apenas entrados en la ciudad
expugnada cien segundones obtenian repar-
timiento, y la gloria no era para ellos un hu-
mo que se disipaba con el tiempo; sino el
arbol frondoso á cuya sombra gozaban sus des-
cendientes de aquellos bienes que les habia ad-
quirido su esfuerzo. Las indemnizaciones de cual-
quier perjuicio eran tambien inmediatas.
El caballo perdido ó el arma rota, eran repues-
tos á su dueño en el botin primero. El guerrero
que tenia la desgracia de recibir una herida

51
en la cabeza, de modo que no se pudiera cubrir
con los cabellos, percibia doce maravedis de oro
veniendo en cuenta la deprimidad; si habia
sido necesaria la extraccion de un diente, diez
maravedis mas; y si la herida era en otro pun-
to menos importante y grave, cinco maravedis;
si tenia el cuerpo traspasado por la herida, diez,
maravedis. y ocho, si habia traspasado el bra-
zo ó una pierna. Si ocurría fractura del brazo
ó pierna, pero de modo que no quedase lisiado
para toda su vida, doce maravedis; pero si
era precisa la amputacion de un brazo ó pier-
na entonces subia la indemnizacion á ciento
veinte maravedis. En ciento se valuaba la

pérdida de la nariz, de una mano ó un pié)

La pérdida del dedo pulgar tan necesario

á la mano del hombre se compensaba con cin-

cuenta, con cuarenta el índice y con treinta,

veinte y diez respectivamente la de los tres

dedos restantes: y ochenta, si perdía los cua-

tro, conservando el pulgar. Cada uno de los

cuatro dientes superiores ó inferiores se a-

preciaba en cuarenta maravedís: cantidad

que parecería desproporcionada y exorbitante,

si no se tuviera en cuenta lo grave que se re-

putaba entonces la pérdida de los dientes. —

Qualquiera otra herida de que resultase des-

perfecto ó lesión, durante toda la vida, daba

52
derecho á la compensacion de cien maravedis.

El genio protector de la ley descendia hasta el sepulcro, ó se elevaba á las regiones sublimes en que moraba el alma del guerrero, para ofrecerle una muestra de respeto ó para derramar el consuelo sobre aquellos seres que le hubieran estado unidos con el tierno lazo del parentesco en este mundo. Quando un caballero fallecia en una cabalgada, de los fondos de esta se sacaban ciento cincuenta maravedis, que debian invertirse en sufragios por su alma, si antes de fallecer hubiera expresado este deseo, y en caso contrario la tercera parte, adjudicando las otras dos á sus herederos: y la mitad de esta

suma se concedía al plebeyo. Aquella provida
legislacion no solo atendia a las calamida-
des de los que sobrevivian; sino que tambien
admiraba y favorecia las mas dulces afecio-
nes de los que habian sucumbido. La patria
que con tanta sollicitud miraba por sus hijos,
bien merecia tener hijos heroicos; y añadia,
que ni el temor, ni el estímulo podian debi-
litarse, porque ni el premio lo dilataba el ex-
pediente, ni el castigo lo hacia esperar el pro-
ceso. El Rey o el Señor que lo representaba era
la patria viva, cuyo ojo lo mismo que el de
la Providencia siempre estaba fijo sobre el
hombre.

Señores, todos habreis visto porque es error
muy comun en pintores y escultores antiguos
representado á San Fernando, armado de pun-
ta en blanco, con yelmo, coraza, guijotes, brajo-
neras y las demas piezas de un arnes, que no
se introdujo en nuestras tropas, sino mucho
tiempo despues; lo qual es un anacronismo: por-
que en la época de nuestra narracion, cuando
Cordoba fue rescataada, las armas defensivas
consistían solo en el escudo que se construía
de madera, forrado de cuero, con un aro de hierro
al rededor, y una bola o punta en el centro: el
bacinete, baul o almete que cubría la cabeza,
y la toriga que era una especie de túnica

con capucha, que se construía con correas de cuero crudo, formando esterillas ó de una tela tres ó cuatro veces doble, sobre la cual se cosían unas escamas de acero bruñido. Las armas ofensivas estaban reducidas á la espada, la lanza, el arco y la honda. El mandoble y el hacha vinieron, cuando se introdujo el uso de la cotte de malla; así como la cruz correspondió á la invención de la armadura completa: y fué lo que el cañon Astrouk de aquel blindage humano. La ley del progreso siempre ha sido la ley de la necesidad.

Digamos algo sobre la táctica de aquel tiempo: puesto que la milicia lo era todo.

en la Sociedad de entones. En España, en el
arte militar, siempre hemos caminado á la
cabeza de las naciones. Las órdenes militares
pueden considerarse, como los ejércitos perma-
nentes de la edad media, y al abrigo de aque-
llas tropas regulares, en donde se cultivaba
la ciencia de combatir, era como vencían casi
siempre las huestes cristianas, que en sus
luchas llevaban la seguridad del poder que
dan la inteligencia y el brío. Pero aquellos hom-
bres, antitesis de nosotros, antes que achacar
sus victorias al propio mérito las atribuían
á la protección del Dios de las batallas. El va-
lor de nuestros guerreros era una cosa tan puer-

ta fuera de duda, que si registramos todos los
puros que constituiran la legislacion de aquella
edad, no encontramos en ninguno castigo para
la cobardia. Los legisladores, como los de aque-
llos pueblos antiguos, que no los establecieron pa-
ra los parricidas, porque creyeron imposible ese
delito, juzgaron que un español cristiano no
podia ser nunca cobarde.

Las formaciones que usaban para combatir
las tropas de la edad media, eran pocas y bien
sencillas. La haz era la disposicion de unos
cuadrantes, tocandose los soldados codo con codo,
en linea. Por consiguiente, siempre que en nues-
tra relacion hablemos de haces, debe entenderse

que eran tropas formadas en batalla, como hoy de
 cirnos. El Muro era una masa compacta y cua-
 drada, equivalente a nuestra columna cerrada.
 El corral era lo que nuestros cuadros; y se compo-
 nia de tres filas de infantes, atados unos á otros
 por los muslos con las lanzas clavadas en el
 suelo é inclinadas hacia el enemigo. Quando es-
 ta clase de formacion era circular se llamaba Mue-
 la. La columna de ataque, quando el enemigo
 estaba formado en haces, se llamaba línea:
 y se componia de tres hombres en una línea,
 detras seis, tras otros doce, y así doblando el nú-
 mero. Habia ademas tropes, que eran unos
 pelotones, que llevaban el objeto de nuestras

guerrillas.

Los distintivos de los que mandaban fueran armados, aun cuando algunos los llevaban sobre la armadura, o en la capellina con que cubrían la cabeza, el mas notable y usado era el pendon, con cuyo nombre se conocian varias señas con que se distinguian las gerarquias. Los Reyes llevaban quiton, estandarte y panderas; pero esta no se desplegaba, mas que á la vista del enemigo: y darla al viento era la señal del combate.

Señores, me detengo en estas minuciosidades porque al trazar la historia del pueblo cordobes que nos hemos propuesto, ella por largos a-

50
nos y aun siglos no es otra cosa que una cadena
de escenas de sangre y estermínio, en que los na-
turales de esta ciudad, en perpetua lucha, lidiaban
gloriosamente en el campo con los enemigos de su
Dios y su patria, y se destrozaban en las calles, divi-
didos por eso que nosotros decimos política, y
que ellos con mas propiedad llamaban ban-
dos. La guerra es la manera de ser de los
pueblos. En el tiempo en que el nuestro em-
puenza, no extrañéis, pues, que me detenga en
todo lo que á ella se refiere.

He dicho que las Ordenes Militares eran
el ejército regular y permanente tipo y norma
de las fuerzas vivas del país. Su organizacion,

pués, era lo mas perfecto de su tiempo. Sus va-
rarguías, en gobierno respondian a todas sus
necesidades; la subordinacion del soldado,
unida a la obediencia del fraile, la inteli-
gencia del hombre de estudio, y la pericia del
jefe, siempre en campaña o ejercicio les daban
el incontrastable empuje que produce la
ciencia, el arte y la práctica, cuando pa-
ra cualquier objeto se reúnen. Eras las or-
denes, y como en segunda línea, estaban
los ricos-hombres de pendon y caldera. Se-
guianles en importancia las cabalgadas
de los fijos-dalgos, de las mercedes de
las ciudades, villas y lugares, y la cuenta

fila, por decirlo así, de la caballería de la edad
 media la componían los propietarios cristianos,
 viejos, linajeros de mezcla de raza hispana o judía,
 que eran el primer escalón de la nobleza, por
 que en esta nación eminentemente democrática,
 el hijo del pueblo, sabio o valiente siempre
 ha tenido al alcance de su mano el capeto
 del Cardenal, la toga del Magistrado y la
 faja del Caudillo.

El Rico-hombre de pendon y caldera, Señor
 natural de sus pueblos, era por ende el jefe
 de sus fuerzas que se denominaban Mesna-
 das, lo mismo que los contingentes de las ciu-
 dades y villas. Los jefes de estas secciones

de tropa se llamaban Capdillos ó Mesnaderos,
y venian por segundo al Adalid. Tras este
le seguia en autoridad el Alferez, conductor
de la insignia, y luego los cuadrilleros que
eran los cabos de las cuadrillas. Regularmen-
te, de diez hombres, en que el Adalid distribuia
la memada, cuando al toque de apellido, se reu-
nia en el otero, lugar elevado, proximo á la
poblacion, ó en el ejido, si el terreno era llano:
pues con estos nombres se conocian los puntos
de reunion, caso de alarma.

Habia ademas otra clase de tropas que se
conocian con el nombre de alucogabares
compuesta de aventureros, cuyos Capitanes ó

Almascadenses, sin ser señores de villa, tenían
la importancia que dan siempre el valor in-
dividual y el mando de una fuerza dis-
puesta a ejercitarse. El servicio del aluoga-
var en campaña consistía en recorrer el ter-
reno, en que operaba el ejército, marchar delan-
te de él y sobre sus flancos, tener continuamen-
te en jaque al enemigo, y molestarle con ince-
santes acometidas, sorprender sus avanzadas,
e interceptarle sus convoyes. Por eso los Almo-
gávares, decía la ley "ha menester que sean
afectos, acostumbrados et criados al aire, et á
los trabajos de la tierra, et si tales non fuesen,
no podrían muy lungo tiempo vivir sanos

magüer fuesen ardiolos et valientes.... et de
mas que sean ligeros et ardiolos, et bien fac
ciouados de sus miembros, para poder sufrir
el afan de la guerra, et que anden siempre
guisados de buenas lanzas et dardos et en
chillos puñales.... que sepan tirar bien de
ballesta, et que traigan los aguisamientos
que pertenecen a fechos de ballesteria." Los
almogávares no llevaban nunca bagages:
cada soldado iba provisto de un zurron para
guardar la racion diaria de pan, y con ella,
yerbas y agua, se mantenian durante las
campañas. Gastaban en las piegas antipa
ras, envolvian los pies con abarcas, vestian

un saco de piel de abiuaidas, y en la cabeza les
lleaban mas que una redcilla de hilo para
sujetar el cabello. La lanza y el dardo eran
sus únicas armas. Señores: para saber lo que
estas tropas eran, basta considerar, que seis mil
de ellos, catalanes y aragoneses, destruyeron un
imperio en Oriente, fundaron un reino para su
jefe, y hacen todas aquellas proezas de esa
expedición célebre que admirará á todos los
siglos, y enseñará á las naciones á donde fue
de Megar el valor y la fiereza española.
Dentro de poco veremos tambien lo que cien
de esos almuogavares hicieron en la aserquia.

En la época á que nos referimos el título

de Conde habia dejado de ser un empleo, para calificar solo una clase aristocrática de la sociedad. Un empleo de Marqués, que se conocia en los pueblos germanicos, palabra que en su idioma demuestra el jefe de la frontera, se habia convertido tambien en título de nobleza, y los altos empleos militares, en que el Poder Real se delegaba, se conferian ya al mérito de la persona, aunque sin dejar de tener en cuenta el nacimiento. Los oficios, pues, de Marqués y Conde se habian convertido en el de Adelantado Mayor.

El Adelantado mayor era lo que nuestros Capitanes Generales de distrito, pero

con autoridad mas omnímoda. En tiempo de
paz, ejercia la jurisdiccion civil, y la justicia
suprema: para lo qual tenía un juzgado
privativo sobre los Adelantados menores y meri-
nos de su provincia. En los tiempos de guerra ó
de revuelta tomaba el mando de las tropas,
y á su frente marchaba contra los enemigos
exteriores ó interiores. Cada año debía ir por
todas las merindades, "é en los logares ó fa-
llares los merinos buenos, é de buena fama, de-
bíalos hacer bien é dejarlos en sus logares; et ó
fallárelos de mala fama, fallárelos ende é facer-
les luego entuendar todas las malfetrías
que ovieren fecho" y como el poder real sien-

pre fue celoso de su menoscabo, el Adelantado
debía cuidar tambien, de que "en aquella tier-
ra sobre que el habia poder, non fuese fecho
Castillo nuevo, nin torre, nin fortaleza sin man-
dado o sin placer del Rey."

El Adelantado finalmente debía tener preu-
das y virtudes muy relevantes, como "linage"
que es cosa que face ennoblexer al oue... esfuer-
ço, maestra et seso... buen Sabedor, ... maestro
de facer guerra... facer sus fechos encobier-
tamente... porque los enemigos non entendiesen
lo que decian, nin tornasen apercibimienta.
... buen razonador et buena palabra.. para
saber hablar con las gentes, et apercibirlos

et mostrarles lo que han de fazer antes que
venga el efecto... et callado debe ser en manera
que non sea continuamente hablador."

Los Adalides eran lo que nuestros oficiales
de Estado Mayor; pero mezcladas sus funcio-
nes con la de la administracion Militar. Era
obligacion suya reconocer el país que servia de
teatro de la guerra, cuidar de la situacion de
los campos atrincheros, colocar las avanza-
das, dirigir las descubiertas y las algaras, dis-
poner las celadas, establecer las atalayas, cen-
tinelas, escuchas y rondas, investigar las po-
siciones contrarias, mantener buenos confidentes
y espías, organizar las expediciones, nom-

brar los Almocadenes de las compañías de Almo-
gavares, y finalmente señalar las raciones
de las tropas, y cuidar de los abastecimientos
de los almacenes. Tanto, tan complicadas
e importantes eran las funciones que desem-
peñaba el adalid.

Nadie podía aspirar al empleo de Ada-
lid, sin dar pruebas muy positivas de instruc-
ción, talento, pericia y lealtad. Para conferir
a algunos esta dignidad se observaba el com-
portamiento siguiente. Doce adalides ponían
un escudo en el suelo, y colocándose de pie en
cima del manto, lo levantaban en el aire
con la cara dirigida al oriente. En esta dis-

poniendole el novel sacaba la espada, daba con
ella dos tajos en forma de cruz, y gritaba: "Yo,
(fulano) desafio en el nombre de Dios á todos
los enemigos de la fe et mio señor et Rey et
de la tierra"; cuyo juramento repetia en di-
reccion á las demas partes del mundo: hecho
lo cual se le bajaba, y el Adelantado ó Fico-
home del lugar le ponía una bandera en la
mano, y le decia: "Yo te otorgo en nombre del
Rey, que seas Adalid."

Para ser Almoçaden se necesitaban todas las
condiciones de un buen soldado ligero. Además
debía tener mucha práctica en la guerra,
ser esforzado para acometer al enemigo, y de

una veallad á toda fuerza.

La eleccion se hacia por doce almocadenes veteranos, colocando al novicio de pie derecho sobre dos lanzas cruzadas. En esta posicion le entregaban otra con banderola, lo alzaban en el aire, y envistiendo su arma el aspirante, cara á los cuatro vientos cardinales, repetia el mismo juramento que el Adalid. Dadas estas explicaciones, vengamos á la narracion del hecho que abre la puerta de nuestra historia.

Corrian los ultimos dias del año de 8235.
Reinaba en Córdoba Aben-Hud, á cuyas puertas casi llegaban los puertos avan-

zados de los dominios del Santo Rey de Castilla
Fernando 3.^o Y decimos que casi llegaban a las
misuras fuertes de Córdoba, porque Buja
lance y Castro eran ya de los Cristianos. y
desde aquellas villas, continuas cabalgadas
recorrieron sus campiñas, encerrando a los
anteriormente en la margen derecha
del Guadalquivir. Era Adelantado de la fran-
tera de Córdoba y Jaén Don Alvaro Perez, de las
Arms: Adelid Mayor Domingo Muñoz: caudi-
llo de los caballos de Ubeda Pedro Ruiz La-
fur, y Almorcadén de los Almoravides Mar-
tín Ruiz de Argote.

Señores: si algun día llegan a impri-

mirse estas conferencias, en las numerosas notas
que las ilustrarán, encontraréis las fuentes
históricas en que he tomado los datos que sir-
ven de apoyo á mi narración, cuyas citas
harían esta, como conocéis, en demasia enojosa.

Bastos por hoy saber, que en lo que en esta
noche y en las sucesivas escuchéis de mis labios,
no hay más que el adorno, la decoración
de esas escenas, cuyos personajes y sus hechos
mi imaginación los presentará á la vuestra,
tal como los encuentre en los autores que de
ellos se ocuparon, si bien pulidos por una ra-
zonada crítica, y sus dichos traducidos de la
antigua fábula á nuestro común lenguaje.

La necesidad de la crítica histórica me obligará alguna que otra vez á ocuparme de la cuestión de autores que procuraré evitar en lo posible; y desgraciadamente tengo que empezar dismintiendo de los que suponen que el Adelantado Alvar Perez de Castro se encontraba en Martos, cuando los cristianos tomaban la Aljergueta, y de los que dicen que solo los Almuogavares apresaron a los cordobeses que les dieran noticias del estado de la ciudad, y que conducidos á Ubeda, allí fué el Consejo de los Capitanes frontezos en que se acordó el ataque de nuestra ciudad. Alvar Perez de Castro no estaba ni en Martos

nó en Andujar, como otros escritores afirman:
en aquellos momentos, donde vendría era en Bu-
jalonce, y es fácil colegirlo y aun probarlo,
por el tiempo que tanta la expedición como
el aviso de su resultado tardaron en recorrer
la distancia que los separaba. Partiendo
pues, de esta hipótesis, que históricamente
no lo es, puesto que tenemos autorizados
escritores que lo afirman, diremos que al re-
gresar una cabalgada cuya procedencia
no dice el autor á quien seguimos, princi-
pio al sitio de las cuevas, pasada la que
fue parada de postas de la Casa Blanca,
alcanzaron unos rucos, que al ver á los cris-

tiempos hubieron la ocultarse en un bosque que en
tonces habia en aquellos hoy des poblados cam-
pos. Conducidos por los exploradores a la
hueste; bajo la presion del miedo, ó bien segun
otros suponen, porque de propósito hubiesen
salido de Cordoba en busca de los cristianos,
para vengarse del bando que en la ciudad
dominaba, oprimiendo á las otras parcialida-
des en que los moros estaban divididos; ó bien
que fueran cristianos de corazón, de los obliga-
dos á renegar en la persecucion de que ha-
blamos en la conferencia anterior: al referir
la salida de las diez mil familias cristianas
en la expedicion del Rey de Aragon, y que por

consequente ántelaseu libertar su patria
del pesado yugo que por espacio de quin-
ientos veinticuatro años sufría; ello es que
oprecieron á sus aprehensores, que si los de-
jaban en libertad, contribuirían, á que se a-
poderaran de Córdoba, cuya Situacion pinta-
ron como la mas favorable, por la division
en que sus naturales se encontraban, y el
abandono de toda precaucion militar, en
la seguridad que les daba su numero ve-
cindario, su guarnicion agerrida, y el consi-
guiente de las reducidas fuerzas cristianas que o-
cupaban la frontera.

Entadora era la oferta de los moros para

aquellos hombres, que, como dice un poeta, en
descanso era el pelear, siempre avidos de arries-
gadas empresas, en que la honra y la fortuna
se buscaban a la par. Los gefes de la cabal-
gada se apartaron de la gente, a fin de de-
liberar, y reunidos en consejo, toco el turno
de la palabra, primero, al mas anciano de
todos, Pedro Quiroz Tafur.

Señores. Son varios los historiadores que
relatan los discursos de estos guerreros, y al-
gunos con tanta fuerza como elegancia, los
cuales yo me permitire extractar, porque
aunque debamos suponer, que en ellos
no exista la tagmigráfica exactitud, que

nuestra curiosidad deseaba, ellos sin embargo
encierran la esencia de la expresión de la idea
y el sentimiento de aquellos hombres, cuyo
carácter, y hasta el aspecto y fisonomía,
puede colegirse de esas palabras que la
tradición nos ha legado, á través de las
generaciones.

Por ellas, yo en mi imaginación me pinto, y
me parece ver á Pedro Ruiz Lafur, un vigoroso
anciano, de grave aspecto, de encanecida
cabellera y barba, prudente y cauteloso,
como lo es la experiencia que dan los años,
en quien el deber enfrena todos los impulsos,
y el cumplimiento de la obligación acalla

los instintos guerreros, y los deseos de gloria. Y
veo á Domingo Muñoz en el apogeo de la vi-
rilidad, robusto, de mirada altiva, calculador,
valiente, y como buen Adelid, Sabidor y de
suro: y finalmente yo contemplo á Martín
de Argote, un joven arrogado y audaz, de atera-
do rostro y negra barba, que con decir, que era
Capitán de almuogaveros nos alienta de toda
otra consideración.

Dice el historiador á quien principalmente
seguimos, que separados los Capitanes de la
gente, entraron en concejo, y que todos hablar
el primero, como dijimos, á Pedro Ruiz Tafur:
el cual manifestó la poca confianza que los

mosos crecieran, y que por consiguiente que no
se les debía dar crédito, respecto al abandono
en que plantaban la ciudad; lo cual, aun
cuando fuera cierto, no debía aventurarse el
ataque con un número tan corto de cristianos,
por el riesgo en que pondrían la frontera, si
la expedición se desgraciaba, cuya defensa les
estaba encomendada, y que siendo el deber
de conservar sus pueblos, el cargo que el Rey
les diera, debían atender al cumplimiento
de guardarlo, antes que á la gloria de con-
quistar otros mayores.

Las palabras del anciano Tafur y el
tono grave y solemne con que las pronun-

cio impresionaron á la mayor parte de los
Capitanes, que abizaron su parecer. Pero na-
da es mas toruadizo que la opinion, quando
el Nutriciente es quien la mueve. Llegó su
turno al Jefe de los Ahuogavares, y con la energia
de su temperamento y edad, sorteo que no
debía perderse la ocasion por el peligro:
que la empresa debía fiarse al valor, á la for-
tuna de los que acometian tal hazaña, y
de la buena dicha del Rey en cuyo nombre
se emprendia, y sobre todo á la ayuda del cielo,
que nunca abandonaba á los que en el ponian
su confianza. No permitia Dios, dijo, el que jamas
se pudiese que el miedo ha penetrado en nues-

tro corazón, y que el temor de la muerte pudiese
mas en nosotros, que el deseo de ver la Cruz glo-
riosa sobre el templo de mas fama del Islam
y la corte de los Califas de Occidente, brillando
como el mejor esmalte de la corona de Castilla.

"A Cordoba", dijeron todos, incluso el mismo
Zafar, atemorados ante la idea de parecer cobar-
des, echando al cuello las vendas de sus caba-
llos y tomando los estribos. Entonces el Adelid
Novio, no oponiéndose, sino aplazando la
ejecucion de un hecho, que mas que empresa
de hombre, parecia aventura de doncellos, pro-
puso que se comensasen algunos de aquellos
moros, en rehene de la fidelidad de los que

volvieran a Cordoba, y que ellos fueran a dar parte al Adelantado, y prevenir de los pertrechos que necesitaban, en los pueblos de la frontera!

Aprobada esta resolución, dejados en libertad los unos que habían hecho la propuesta, despus de conocida la manera y sitio, por donde favorecerian la entrada de los cristianos en la ciudad, y conservando en rehenes los otros, segun propusiera el Adelantado, la cabalgada tomo la vuelta de Bujalance, para dar cuenta al Adelantado del proyecto, y prevenirse de la gente y pertrechos que necesitaban para su arriesgada empresa.

Alvar Perea, de Gato, con ese prodigioso golpe de vista de todos los buenos Generales, conoció la magnitud del hecho que se le proponía, y comprendiendo, que para los soldados que mandaba no había empresa imposible, aun prescindiendo del apoyo del cielo, con que los Cristianos siempre combatían, fué de parecer que el éxito dependía de la premura, y que el golpe debiera darse antes, que se divulgase un pensamiento, que á mas del inconveniente de apereibir al enemigo, tendría por contrarios é impugnadores á todos los prudentes, ó que no tuvieran el corazon esforzado de los que lo

lo habían concebido.

En su consecuencia mandaron corredores
á los demás presidios de la frontera, para
que sin esperar otro aviso viniese toda la gente
disponible en busca del Adelantado: y dejando
designado el Bujalance, como mas tarde
quedará Martin, cuando su esposa Dona
Isrene de Olorio, con sus dueñas y doncellas, en
vieron que defenderlo, al caer la tarde del
veintitres de Diciembre del año citado de mil
doscientos treinta y cinco, el Adelantado Do-
mingo Munoz sale de la entonces villa, en
direccion á Cordoba, al frente de aquellos
hombres, á quienes no encontramos calificativos

que aplicar, porque no admirar su corte número, sino que fueran tantos los dotados de igual temeridad.

Temeridad inconcebible, si, en la de aquel puñado de guerreros, cuyo número apenas llegaría a seiscientos, causando no á sorprender un castillo, sino á la conquista de la capital de un reino, cuyos monarcas en tiempos no lejanos, habían tenido solo para guarda de su persona doce mil caballos. El Atalid, siguiendo el antiguo camino de Boujalance, dejó á su derecha la puente de Alcolea, que defendió una torreilla, y á cuya capugnación no se quisieron detener,

y avanzando por la margen izquierda
del río, lo atravesaron por un vado que desde
entonces se llama Vado del Adalid, que está
por bajo del molino de Pope Garcia, y guia-
dos por Baños y Colodco, soldados que cono-
cian el terreno, porque durante largos
años habían estado cautivos en Cordoba,
por medio del laberinto de huertas y jardi-
nes de aquel pago, llegaron frente de la
puerta de Barzo, mediada ya la noche.

Todos los historiadores están contentos en
que la noche era una de esas tan frecuentes
en Diciembre: oscuras, frías, y tempestuosas,
en que el Aquilon truje furios, y que con fre-

enencia el hombre escoge, para que le sirvan de
auxiliar en sus obras de destrucción. Los herma-
nos Pedro y Martin Páfur se corrieron hacia
la orilla del río, á fin de que el ruido de sus
aguas en la cercana presa, ocultase ó confun-
diese el que los caballos, que mugaban, pu-
diesen producir; y Domingo Muñoz, y Mar-
tín de Argote, seguidos este de sus almogavares,
y aquel de los demás peones, recatando to-
do lo posible el rumor de sus pasos, siguie-
ron la dirección contraria, aproximados al
río, penetrando la oscuridad con su pen-
sacar, mirada, y atento oído, por si entre el es-
trueno del huracán, advertían alguna señal.

de los muros que les habian prometido su
auxilio.

En aquel tiempo la Asarguia y la Al-
medina eran como dos ciudades distintas, cer-
cadas por un muro comun; si bien, hasta el
mismo muro, con su especial aspecto, á pri-
mera vista, demostraba que dos pueblos con-
trarios habian contruido aquellas cercas,
marcando con ellas el sello especial que dis-
tinguia las obras de sus dos razas. La mur-
alla de la Almedina, de construccion romana,
claramente manifestaba su origen, por la
elevacion y la de sus torres, una y otras forma-
das de grandes sillares de cantería, de que

hoy solo se conserva tal cual visto, en la parte
que de esa muralla subiste tapada por las
casas de la acera izquierda de las calles de
San Fernando, Ayuntamiento, y Alfaro, y
que algun curioso puede registrar en uno de los
patios de la casa de los señores Pallas en la
librería. El muro de la Acarguía bajo, así co-
mo los salientes torreones de igual altura
y aproximada distancia, contruidos de fuer-
te tapia de tierra, tal como hoy lo vemos,
en un trozo cerca de la Fuente Antilla, señala
ba el tipo de las fortificaciones morunas,
durables o perecederas, segun las tierras que
el caso hacía entrar en su composicion. -

Tanto en la Adarquina como en la Aluvedina, a la parte exterior del adarve, corría otro muro, ó mas bien parapeto, que segun toda su sinuosidad, á que se daba el nombre de barbacana, que circua un foro profundo, defendido de trecho en trecho por elevadissimas albarranas, que eran unas torres unidas al muro, por medio de una puente, y de las cuales resta solo la conocida por la Malmerua, habiéndose conservado alguna otra hasta el pasado siglo, y muchas en el anterior que se derribaron para emplear sus materiales en la construccion de la Corvedera. Necesario es decir tambien, que aunque ligadas

por un muro comun la Almedina y la Azar-
guia eran, como hemos dicho, dos ciudades
distintas y separadas; porque entre el muro
que corre desde el rio a la puerta del Principe
y las casas de la Azarguia, habia una gran
zona de defensa, un despoblado en declive,
cuya gran inclinacion no es posible apre-
ciar hoy, pero, si, colegir, por lo que aun
resta, aun despues de tantas nuevas cons-
trucciones: gran egido, en el cual se edifica-
ron los conventos de San Francisco y San Pablo,
que atravesaba un arroyo, que hoy corre oc-
ulto por bajo de nuestras calles hasta el rio:
campo en fin, con que no comunicaba la

Alamedina, mas que por dos puntos; por la
puerta que hemos conocido, con el nombre de
Arco-real, y la que cerca del Rio conocieron
nuestros padres, con el nombre de Arguillo
de los Calceveros. Faltó el Portillo, como otro
arco que hubo en la Cuesta del Bailio, se a-
brieron despues de la Congruita, y muy pos-
teriormente la bajada de los gabachos o
Lujan: nombre que tuvo del Corregidor
que abrió este paso. La necesidad de estas
explicaciones la comprendereis muy en breve.
Ahora volvamos á los cristianos, á quienes
dejamos siguiendo la direccion del muro
oriental de la Ascarguia.

Con paso recatado, segun dijimos, el A-
dalid, y sus gentes, siguieron avanzando, sin
que su atento oído percibiese, en el sepulcral
silencio que en la ciudad reinaba, ni el alerta
de los centinelas, ni el paso de las rondas, ni
la anunciada señal con que los moros conven-
cidos les anunciaron que los esperaban, y el
punto por el cual descolgarían las escalas de cuer-
da por que debían trepar; y silenciosa, como una
serpiente que se desliza en la madera, la larga
hilera de guerreros pasó por la puerta de An-
dujar y Plascencia, dobló el ángulo nordeste
de la poblacion, y avanzó por el muro del nor-
te, presa de la ansiedad: pues lo que es mien-

do jamas lo habian sentido aquellas gene-
raciones.

El muro de la Axarquiza estaba ya para
terminar. Por frente de las olleras habreis
advertido que el terreno se deprime brus-
camente, y despues se eleva junto la puer-
ta de Colodros, ahogando, por decirlo así
la muralla, que en aquel punto es la mas
baja del recinto. A unos cien pasos de esa puer-
ta, cuyo nombre es el unico recuerdo del
glorioso hecho que estamos refiriendo, hace
pocos meses, aun se alzaba un mas que no-
destro, un pobre torreoncillo de vicorra, cuyo
derrito ni aun la sordida avaricia puede

disculpar, y su material inútil e inaplicable
ya es arrastrado por el suelo, como los inse-
guidos restos de los valientes, á quienes la
desagradecida patria abandona en los
campos de batalla, dejándoles el cielo por tom-
sepulcral. Ese torreón, que el tiempo, menos
feroz que el hombre, ha respectado, que las
generaciones pasadas miraron con indife-
rencia, y la muerte ha destruido, fué el pri-
mero que sintió el peso de los soldados de
Cristó. Esa tierra, que hoy aparece el viento
como cenizas de gloria, es la primera en que
fijaron su planta los verdaderos Soldados
de la libertad, los que arrancaron á nues-

tra Córdoba del mas pesado de los yugo,
los que la libertaron de la mas odiosa
de las tiranías, de esa opresion que el co-
razon del hombre en ningun caso puede
amar, ni aun sentir gratitud, sin deshonrar
se de la tirania y la dominacion extranjera.

Al llegar frente a ese torreón, Martin
de Argote, desconfiado y recelando de aquel
inconcebible silencio y reposo, de una ciudad
que por populosa y fuerte que fuese, esta-
ba en la frontera enemiga, dijo al Abad:!

Amigo Muñoz: ¿que hacemos? ¿o nues-
tro aviso no ha llegado á tiempo, ó esos perros,
arrepentidos nos han preparado una celada.

— ¿que hacemos? le contestó Domingo Muñoz: puesto que estamos aquí, hacer la señal de la Cruz y arrimar los fustes á la muralla. Dios, su bendita madre, y el glorioso apóstol Santiago, havan despues lo que su voluntad sea. —

Momentos despues estaba salvado el foro. Veinte escalas se apoyaron en el muro, y con la ligereza de ardillas que saltan de rama en rama, la gente alungaba trepó por ellas, y se formó sobre el adarve. El capitán con los demás peones siguió por dentro de la barbacana para sorprender las rondas exteriores, y ocupar las puertas que los otros

se fueron abriendo; y Argote por el muro,
llevando delante a Colodro y Baños con otros
soldados que iban vestidos de uorros, y sabian
el árabe aljamiado, empezaron a desandar su
anterior camino, en direccion al hoy hospital
de la Misericordia.

Cerca de donde ahora se ve la fabrica de
fundicion, en esa hondonada de que antes me
ocupe, formando angulo habreis observado un
torreon cuadrado, a cuyo pie aun se notan
restos de la antigua barbacana, al paso que
ha desaparecido por completo el ultimo cuer-
po, en el cual estaba el de guardia, de aque-
lla parte del recinto. Al rumor de los pasos

de los que caminaban por la muralla, el vigi-
lante, les dió el quien va. — Los sobreve-
las^{es}, contesto Colodro; pero por bien que pro-
nunciase el árabe, su acento lo denunció al
centinela, que al punto lo reconoció porque era
uno de los que habían contratado con los ciria-
nos; y avanzando, como que iba a reconocer
la ronda, les mandó retirarse y esperar, á
que sus compañeros sobresaltados por su voz
volviesen al reposo. En efecto, poco tiempo des-
pués, á una señal del renegado, los aluoga-
vares penetraron en la torre de improviso,
y los dormidos moros que la guarnecían, des-
peraron en la eternidad. Luego, vápidos

como el viento que azotaba sus rostros, los soldados cristianos recorrieron la muralla, pasando á cuchillo cuantos seres vivientes encontraron en ellas, abriendo todas las puertas, para que entraran los peones del Adalid, hasta que llegados á la del Sol que estaba donde después hemos visto la de Martos, penetraron por ella los hermanos Sufur con sus caballos, y galopando por las calles, á las voces de Santiago y España, que daban los ginetes, y al despierta fierro que era el grito de guerra de los Alungatares, los habitantes de aquellos barrios sorprendidos, no tuvieron lugar para otra cosa, que para buscar su

salvacion tras los robustos muros de la Almedina.

Hasta aquí, Señores, los cristianos no habían necesitado mas que audacia, y su arrojo habia sido secundado por la fortuna; pero el día se aproximaba: un terremoto infernal se oía por todos los angulos de la ciudad, cuyos habitantes se agitaban en su recinto, como un enjambre zumbador cuando la garra del oro hambriento se apoya sobre su columna. Iba a amanecer, decimos, y los cristianos no necesitaban audacia ni arrojo, sino un esfuerzo sobrehumano, y una constancia a toda prueba, para resistir el empuje de toda la morisma, que ardiendo en ira, y descaudo ven-

gar la afrenta, que su inesperado ataque les
inferia, iba a caer sobre ellos, como la piedra que
se demumba sobre el minero imprudente que
la socava.

Señores: déjame hacer poco, que pronto com-
prenderéis la razón, de las explicaciones
que entonces daba, y hemos llegado ya al pun-
to, que sin ellas, tendríamos que recurrir al
milagro, o nos sería imposible comprender
el resultado de la lucha tremenda, que se
preparaba entre un puñado de guerreros,
que, por valientes que fueran, no eran más
que hombres, y la innumerable muchedumbre
de una población belicosa apoyada en su guar-

nición fuerte y aguevrida). Para comprender
el resultado de esa lucha, sin recurrir á otro mi-
lago que el que la fe produce, centuplicando
el brío del corazón, tengo que explicar, que des-
cribir aun mas, el campo en que á manera de
un cerrado palenque iba á efectuarse el duelo
á muerte de dos razas que lidiaban por una
ciudad: que una procuraba conservar como la
herencia de sus padres, y la otra adquirir
como la posesion de un derecho, que sus abue-
los les legaron, y que hasta entonces les ha-
bian venido usurpados.

Hemos dicho que la Almedina la limita-
ba por la parte que daba á la (problecion)-

Azarguía un alto y fuerte muro, que mune-
rosas y almenadas torres flanqueaban, el cual
partia de la orilla del río, y terminaba en el
torreon de los Capuchinos, frente a esta muralla
de construcción romana, y a una distancia que
no podemos precisar, una cerca moruna cuyo
extremo norte no sabemos, corría paralela a la de
la Almedina, y terminaba a la orilla del río,
cerca de la parroquia de San Nicolás, en una
torre que muchos de vosotros recordareis, por-
que se ha demolido en este siglo, para la cons-
trucción del murallón de la Ribera. Torre a que
el pueblo desde el día de la conquista, dió el
nombre con que llegó hasta nosotros de Donse

de los Argotes, como Mano Torre de los donce
les, despues, á la que proxima á desaparecer
aun domina la que fué puerta de Andujar
en la plazuela de la Magdalena.

sin la existencia de esta cerca y de ese campo
entre las dos ciudades, registamos que la conserva-
cion de la Acarguñá, despues de su sorpresa
no tiene explicacion posible. La existencia de
esa cerca y de ese campo está comprobada, y por
consecuente, contando con ella seguimos nues-
tra narracion, no sin advertir antes, que la im-
dad del este estaba casi despoblada desde la sa-
lida de las diez mil familias cristianas que
se refugió, y que los pocos moros que la habi-

habian, como antes dije, se refugiaron a la Al-
medina acorados por las gentes que penetra-
ron en ella con el Atalid.

Amaneció el día veinticuatro: ese día, cuya
noche los Cristianos llamamos buena, porque
la Iglesia conmemora en ella el nacimiento del
redentor, y que de tanta angustia iba a ser para
los hebreos, que habían acometido tan mala empre-
sa. A su primera luz, los moros, con el empuje
que la desesperación presta, se arrojan sobre los
cristianos, que por de pronto tienen la ventaja
de poder lanzar sus irresistibles escuadrones
sobre las dos únicas salidas de la Almedina,
y acuchillar a mansalva a los peones agarenos

sin que la espesa lluvia de dardos, que de sus
almenas les tiran, hagan mella en los entonja-
dos caballos y ginetes castellanos. Bien veces
salen los moros, y otras tantas son rechazados
dejando el suelo cubierto de cadáveres; pero
ellos son continuamente reemplazados. Sus ca-
ballos logran tras una y otra tentativa salir
al campo: sus peones se desuelgan por todas par-
tes de los muros; y Vapur con su caballería
oprimidos por la muchedumbre que no les
deja sitio donde renovar la lanza, vendidos
tras de diez horas de continua lucha, por la su-
vez rechazados y obligados a encerrarse en
la Alcazarría, cuando el sol se oculta ya en

Noche de octubre.

Noche terrible siguióse á tan tremendo día,
pero nuestros soldados, como dice un Cronista
del Santo Rey, pocos en número para tan
ardua empresa, eran grandes en los espíritus
e invencibles en el valor, pues un mundo de e-
nemigos no puso horror á sus alientos. Duran-
te su lobreguez, y no pudiendo los Cristianos
por sus escasas fuerzas abarcar á tan dilata-
da zona, dejaron todos los barrios del Norte, y se
replegaron al propiamente de la Acequia
cuyas calles barréan, y juran morir en ellas, antes
que abandonar la ciudad, cuya posesión habían
tomado en el nombre de su Dios y de su Rey.

Señores: hay cosas que pueden concebirse, y
que es imposible narrar. Yo dejo á vuestra con-
sideracion, la situacion crítica de aquellos...

los llamaré españoles á secas; que el nombre
español reple todos los epítetos: consideradlos
por todas partes combatidos, y acorados sin de-
canso por enemigos siempre de refresco, no ya
con armas usuales, sino con toda clase de inge-
nrios de guerra; y ellos, dice el mismo Cronista,
"defendiéndose con tan valerosa obstinacion, con
porfia tan infatigable, que admiraban los A-
rabes no menos el valor, que la constancia;
pues con la continuacion de los rebatos y asaltos,
no cabian en el tiempo, ni para el sueño, ni

para el Alimento treguas."

Pasemos por abto las peripecias de esas in-
terminables horas de ansiedad y continua bu-
cha, hasta la llegada del Adelantado, y los
refuerzos que envían de todos los pueblos de
la frontera, en tanto que galopa por las llanuras
de la Mancha y Partida Fernan Nuñez, de
Femes que lleva al Rey la nueva de la to-
ma de la Atarguia. Fernando tercero se
hallaba comiendo en Benavente, cuando el
mensajero le anuncia tan feliz suceso. Deja
la mesa, monta a caballo, y seguido solo de
cien escuderos, atravesando por Alcantara,
Medellin y Magacela, llega a Cordoba

á cuyo punto convergen los hombres de armas de todos sus dominios, segun el aviso que el Rey mandó en todas direcciones, antes de abandonar á Benavente.

Pero la llegada de esos refuerzos no fue con tanta premura como la necesidad exigia: y el Rey de Castilla pudo encontrarse en grande aprieto, si circunstancias providenciales no hubieran conjurado la tempestad próxima á descargar sobre el valiente pero poco numeroso ejército sitiado.

El Rey Aben-hutt se hallaba en Seija reuniendo un ejército poderoso y de las mejores tropas de la morisma, indetisa entre.

socorrer a Cordoba, o volar al auxilio de Va-
lencia, que el Rey Don Jaime de Aragón tenía
cerrada y próxima a sucumbir. Al lado de
Apen-hut y gozando de toda su confianza
estaba Don Lorenzo Suarez de Figueroa, que
andaba huido de los dominios castellanos,
por ciertas desavenencias con el Rey, a cuya
gracia deseaba volver: y como medio, logró
convencer al Apen-hut, de que su interés
estaba en socorrer a Valencia, puesto que el
ejército del Rey de Castilla era tan numero-
so y fuerte, que exponer un lance, sería bus-
car una segura derrota, al paso que al volver de
Valencia vencedor de D. Jaime, con la fuerza

moral que esta victoria le diera, y lo que
bravido que con tan largo cerco estaba el
ejército cristiano, sería fácil el derrotarle; por
devándole, además, los medios de resistencia
que Córdoba tenía para poder esperar su vuel-
ta sin peligro. En una última parte no se en-
ganaba mucho, pues teniendo la ciudad li-
bre la entrada por el río, no le faltaban bas-
timentos; y las fuerzas con que San Fernando
contaba no eran tantas que le permitieran
tomarla a fuerza de armas.

Engañado por Ziguera Alen-hut
optó por el ~~señor~~ de Valencia, a donde
marchó con su ejército; pero a su paso

por Almería fué asesinado por su Regulo, y
el mismo dia que esta Nueva Llegó a Cordoba
introduciendo el desaliento en sus defensores
Uegaron al campo sitiador el Alcaide de
Santiago Don Pelayo Perez Correa, con la veni-
da Capalleria de su orden, y D. Gonzalo Ruiz
Giron, con numerosas huestes de Castellanos
y Leoneses con cuyo refuerzo San Fernando
pudo estrechar el cerco de la ciudad, cortar con
barcas el rio por una y otra banda, tomar la
Barraholta, y finalmente combatir los mu-
ros, y poner la ciudad en tal aprieto, que se
entregara sin otra condicion, que la de salvar
la vida y la libertad sus moradores.

Córdoba, es decir, la Almedina se entregó
á San Fernando el veintinueve de Junio
de mil doscientos treinta y seis, día de los
Santos Apóstoles Pedro y Pablo, á los seis meses
y seis días de la gloriosa conquista de la Anda-
lucía.

El Santo Rey contra la costumbre que tenía
de entrar en Córdoba en cuantos pueblos con-
quistaba, con el fin, dice un historiador de que
sus vasallos pudiesen gozar de la vista de
su persona; contra esa costumbre, decimos, pe-
netra en nuestra ciudad, no al frente de sus
invencibles huestes, precedido de sus estandar-
tes, rodeado de sus capitanes, y al son de sus

instrumentos belicos. Ferrnando Cercevo entra
en la ciudad de los Salifas, formando contras-
te con la fastuosidad de los Monarcas árabes,
no en aparato de triunfo, sino en humilde
procecion cristiana. Aquel Rey picador cree
que no á su mérito, sino á la proteccion di-
vina debe la posesion de la Subhana de occiden-
te: y su primer cuidado es dirigirse á la gran
Aljama, para dedicársela á Maria, y dar
gracias al cielo por tan señalado beneficio.

La mañana de ese gran día, que si la Nigé-
sia, que nunca olvida los hombres y los hechos,
que han sido útiles á los pueblos, no lo conme-
morase, pasaría para nosotros desapercibido,

Las huestes cristianas abandonan su campamento, se proveen de todas las puertas y fortalezas de la ciudad, y ocupan sus principales plazas. El Rey, no seguido sino precedido de todos los Capitanes de su ejército, ordenados en hileras, á los que siguen religiosos de las ordenes de Santo Domingo de Guzman, y Francisco de Asis, y sacerdotes seculares: el Rey, decimos, rodeado de los Obispos de Orense, Lugo, Baeza, Plasencia y Coria, marcha á pie, llega á la puerta que luego fué Arco Real; recibe en ella las llaves, y por entre la muchedumbre mora, cuya admiracion supera á su dolor, se dirige á la gran Mez-

quita. Sobre su capelo y apiligranado almi-
nar, de que puede darnos alguna idea, esa
Giralda, orgullo de Sevilla, el Obispo de Osma
que hace las veces de Primado enarbola el
signo sacramental de la Redencion, y por bajo,
demostrando la inferior grandeza de la ma-
gestad humana, Alvar Perez de Castro des-
plega al viento la bandera real, entre los
estandartes de Santiago y Calatrava, a
tiempo que el Maestre Don Pelayo conea,
con aquella poderosa voz á que mas tarde
habia de obedecer el sol en Sentudia, grita
blandiendo su vajadora espada. "Cordoba,
Cordoba, por la Cruz, y el Rey Fernando

tercero de Castilla."

"Cordoba, Cordoba por la Cruz", repitien
cien heraldos sobre las torres de las demas
mezquitas, en las que no se oia ya mas
la voz de los Musulines: "Cordoba por la Cruz"
repite el viento, y de ciudad en ciudad, de
villa en villa, remena en las crestas del Si-
neo, alegre como un cantico de victoria y tris-
te como la plegaria del que espira sobre
las altas cumbres de Sierra Nevada.

Inego se procedio á la purificacion de
la gran Aljama. Cantore el Belemun
y celebre en ella el incruento sacrificio; y
como notase el santo Rey, que aun se con-

servaban allí como trofeos de los triunfos
de Almazor, las puertas de la Catedral
de Santiago, y sus campanas liviéndose
de lamparas delante del Mihrab,
las cuales habian sido traídas de Galicia
en hombros de cristianos, mandó que en hom-
bros de moros fuesen otra vez conducidas á
Compostela;

Sintiendo que Almazor ya no viviese,
por que el mismo Almazor las condujese,
como ha dicho uno de nuestros poetas contem-
poráneos.

Señores: en la Conferencia inmedia-
ta nos ocuparemos de la Conquista, bajo

3
el punto de vista tradicional y anecdótico; de la organización civil de aquella época; de su régimen Municipal; del repartimento que San Fernando hizo entre los Conquistadores y del fuero especial que concediera a nuestro pueblo.

(Véase dicho.)

Conferencia Tercera

Señores.

Dijimos, al terminar la conferencia anterior, que en la presente nos ocuparíamos de la conquista bajo el punto de vista tradicional y legendario: de la organización civil de aquella época: de su régimen municipal: del repartimiento que San Fernando hiciera entre los conquistadores, y del fuero especial que concediera a nuestro pueblo.

Muchas materias son para una sola noche, máxime, siendo todas de importancia

suma, é indispensable su narracion, si, como nos
proponemos, al referir los hechos, han de cole-
girse la razon de ellos, y el porque se ejecuta-
ban; pues en la vida de los pueblos como en
la de los individuos, aparte de la providencia
sin cuya voluntad la hoja del arbol no se muere
ve, los hechos, los actos todos de la existencia
obedecen a las ineludibles consecuencias de los
actos que les precedieron.

Recordareis la relacion que hice en mi ul-
tima conferencia del hecho que nunca me can-
saré de llamar gloriosísimo de la sorpresa
y conservacion de la Arcarguía, hasta la en-
rega de la Almedina ó parte alta de la

ciudad, y desde luego comprendereis que un
hecho tan maravilloso, y fuera de las condi-
ciones del humano esfuerzo, en un país don-
de los bandos en todos tiempos y en todas con-
diciones se encuentran por do quier, ya com-
prenderéis repetido que no faltarían cantones
que en sonoros versos lo relataran, ni entusias-
tas narradores, que dando suelta á su ima-
ginacion ardiente, hicieran pasar de genera-
cion en generacion esa portentosa historia ex-
plicada segun el orden de su temperamento re-
ligioso, heroico, ó afecto á las estratagemas y
ardides.

2 No voy, pues, á referir, una por una, las

mil versiones populares de la Conquista de
Córdoba, pues sería una tarea interminable.)

Me concretaré solo a la narración que hace
algunos años oí a un anónimo servidor de la
Santa Iglesia, hombre de corazón sencillo,
que creía como artículo de fe lo que conta-
ba; que no sabía leer, y sin embargo asegu-
raba que lo que él decía, constaba escrito
en un infolio que conservaba como inteso-
ro, y solo pude ver después de su muerte; ha-
llando con gran sorpresa que apenas mencio-
naba la conquista de Córdoba: pues era un
tratado genealógico del apellido Núñez-Albas
que era uno de los de su dueño.

Yo quisiera recordar con todos sus curiosos ac-
cesorios la historia que al buen anciano mas
de una vez le escuchara embobado. El com-
pilaba de una manera siempre sencilla pe-
ro amalgamando lo verdadero con lo absurdo
la historia de la conquista con la de las
familias de los conquistadores, aplicando-
les las etimologías mas extravagantes.

Decia que una vez dueños los cristianos
de los pueblos fronterizos, sus continuas
cabalgadas tenían á la ciudad en perpe-
tua alarma, y habían obligado á los moros
á ser en demasía cautelosos; y que á fin de
evitar que en sus continuos golpes de mano

se apoderasen del ganado que se encontraba y estaba en la ciudad, que no tenía puerta alguna desde la del Ponicon á la de Andujar, abrieron un portillo donde hoy el de la Misericordia, al cual pusieron no sé que nombre que luego se cambió en el que oireis. Salida por los Cristianos la apertura de la puerta, y que el Alfaraz á cuyo cargo estaba era un anciano ciego, que la entreabría, y no permitía el paso, sin que por el tacto se conociese de la clase de bulto que la atravesaba, los Cristianos, pues, convinieron, en que un Conde Asturiano, con sus aratro hijos y hasta doce mas de sus cleros

cubiertos con pieles de cabra se introducirían
entre el ganado que entraba al anocheecer
en la ciudad, por la puerta abierta con este
objeto; interin que otros caballeros, vadando
el río, penetrando en Córdoba por un caño
de desagüe abrían la puerta del Sol a los
que esperaban en el campo.

Llegó la noche. El Alfaraz, en contacto con
el tacto de las pieles de cabra que los cu-
bra deja penetrar a los cristianos que lo
degiellan, y entran a sangre y fuego por
aquel barrio, interin que los que vadean
el río y se introducen por el caño, dan muerte
a los guardas de la Puerta del Sol

y entraron por ella entre otros unos Caballeros
oriundos de Grecia, de invencibles ape-
ridos, que por sus armas parecidas á las
que despues se habian de llamar partesana
mas los soldados les apellidaron los de
las Flores.

Pepito, que bien quisiera recordar los
mil curiosos detalles con que el buen viejo
contaba era conquistada fantástica, en que la
nueva puerta adquiere el nombre de Es-
cusada, porque el Rey nuevo, al saber la
entrada de los cristianos, dijo: "bien escusa-
do estaba el haberla abierto." Esa cloaca des-
conocida, cuyas ramificaciones profundas

no han sido exploradas, y cuya construcción
y dimensiones no tienen que envidiar á las
de Roma, se llama desde entonces de Vence guerra
porque ha facilitado la sorpresa. Gabreray se nom-
bran desde aquel día los que con piel de Babro
pisan nuestros muros; Pícos y Agnayos los que
vadean el Guadalquivir: Argotes, por compo-
sición de Argote los tres riojanos que por su
deformada estatura escalan sin fustes
la torre de la Píbera, á que dan nombre;
y Alces finalmente los que con estos instru-
mentos tienen sus armas alguna semejanza.

Señores: nuestros pueblos tienen la felicidad
de no ignorar nunca nada. A su imaginación

cion siempre excitada y enemiga del estudio,
le es mas facil inventar la razon de las
cosas, que pararse a investigar su origen.

Como conocereis, la relacion del anciano no me
rece los honores de la reputacion. Los Cabrerias,
Prior, Aguayo, Argotes y Stoces llevaban esos
apellidos siglos antes de nuestra conquista,
en la cual solo el Adelaido Domingo Munoz
cambia su nombre por el de Cordoba, y del
patronímico de su hijo Fernando nace el de
Fernandez de Cordoba, nombre glorioso que
no deja de figurar en nuestra historia na-
cional desde aquel dia, y que probablen-
te no se extinguirá jamas.

Heimos hablado del Caño de Vence-guerra
y necesario es dejáros consignado, que de
cuantas tradiciones conserva nuestro pueblo,
ninguna está mas arraigada y extendida
que la de la entrada de los cristianos por
él: y sin embargo, ninguna es mas destituida
de razon y fundamentos.

Vence-guerra es corrupcion de Vicent-Guer-
ra, abrevio de Vicente Guerra, un morador
ó dueño de la casa que está sobre la boca
que vemos en la calle de Linceros, que mu-
chos años despues de la conquista, y enan-
do con el empedrado se fueron estrechando
las tragantes de la gran cloaca, no bastan

mas suma de libertades prácticas.

La reconquista avanza y á su paso progresa la organizacion civil del pueblo español, que tiende siempre á la unidad, y aun cuando á esfuerzos parciales de su crecimiento y reorganizacion, avanza á la par en lo político y en lo material. En la época de nuestra narracion los pueblos tienen vida propia; las ciudades gozan de cierta independencia política y civil; van á la guerra con sus estandartes y banderas, mandan procuradores á las cortes, y sus concejos disponen no solo del régimen interior, y sus oficiales de la administracion de justicia, sino que manejan

adquieren y enajenan, sin ninguna interve-
cion los bienes, que el pueblo con su manera
gráfica de decir, llamaba propios.

Aunque dividida la sociedad en clases
que se sobrepone, todas giran en su órbita
con libertad bastante, para evadir el peso
de la que tiene encima. La nobleza tiene el
derecho de renunciar la naturaleza del reino,
y el rico hombre puede dejar de ser vasallo
de su Rey, para lo cual le basta mandar
le un Caballero, que en su nombre le bese
la mano, y le diga que de allí adelante
le niega la obediencia. Las ciudades
por medio de sus procuradores intervienen

en los gastos publicos, llevando sus censuras
hasta el número de platos que ha de tener
la mesa del Monarca. Los Señores tienen que
ceder ante el espíritu de libertad de sus pue-
blos, y para mantenerlos en quietud, hay
quien se excede á los democráticos fueros, que
los Reyes conceden en las partes pueblas, y otorgan
á sus vasallos el derecho de elegir por Señor,
á aquel de sus hijos ó nietos que mas les
plujiese ó les hiciere mas bien. El Siervo, en
fin, y siervo propiamente tal nunca en nues-
tro país lo hubo, era arbitrio de vivir en el
lugar de Señorio, ó de marcharse á la cin-
dad realenga ó a la villa pehetra.

No se nos hable, señores, no, de privilegios, eran
do las vallas que dividían las clases eran abier-
tas; y voluntad y esfuerzo es lo único que se
necesita para salvarlas. El desempeño de algu-
nos cargos de República daba nobleza, y para
ser hijo-delgo no se necesitaba mas, que como
la palabra indica, tener algo: lo suficiente
para mantener caballo y comprar armas.
Y he aquí porque el pueblo que trasmitió
la filosofía histórica en los hechos de sus
contesjas, segun todos recordareis en los cuentos,
que a vuestras abuelas escuchasteis, armas
y caballos es lo único que los donceles piden
para salir en busca de la fortuna; porque

el caballo y las armas hacen a su dueño hi-
dalgo, y la hidalguía es el camino que lleva
á todas las gerarquías sociales.

La guerra era el medium universal. Por
ella, se llegaba á los honores y riquezas. En el
combate hallaba el juez la prueba de la ino-
cencia y el crimen. Exiliando el delincuente
se rehabilitaba, y la sociedad admitía en su
seno, como bueno, al que la habia ofendido,
si durante cierto tiempo, estaba de guar-
nición en los presidios de la frontera. Exilian-
do continuamente por la religión y por
la patria, comprometiendo diariamente la
existencia en la conservación de aquellos pue-

tos avanzados, purgaba el que dudaba la ac-
cion de la justicia los mayores crimenes. Pe-
leando, dos años, de continuo cerco en Antequ-
ra, es como se rehabilita el que en Cordoba
matta a Meryora y a los Comendadores.

Habíamos ofrecido hablar del regimen
municipal; y por cierto, que es en demasia
osuro cuanto se refiere a la formacion de nues-
tro Municipio en los primeros años de la re-
conquista. En aquella edad, los Concejos esta-
ban en el apogeo de su preponderancia. Ellos,
expresion de la vitalidad de los pueblos, conta-
ban con lo que siempre proporciona valor
y respeto: la fuerza propia. Sus milicias

seguían sus particulares enseñanzas, y eran man-
dados por sus magistrados. Los reyes al por-
fía les concedían franquicias; los magnates soli-
citaban su apoyo; el Concejo, en fin, era el ins-
trumento de libertad, que mas tarde habían
de convertir en arma de opresion y tiranía
los Reyes y la grandeza, al par. Como decia-
mos, todo lo que se refiere a los primeros años
de la monarquía es oscuro. Aquellos hombres, que
no habían, por decirlo así, conocido el pasado,
no pensaban que hubiese provenir; y como
si hubieran de existir siempre con toda su
generacion, ó no escribían, ó de hacerlo, aun
en los documentos mas importantes, supo-

viendo en los demas la obligacion de conocer sus
referencias, donaban la casa en que yo agora
fago mi morada: vendian la tierra de pan
llevar, "que de mi tio y senor heredé"; ó lega-
ban de sus diez comazas, "la que hubo del botin
de tal batalla".

No cuenta pues, el numero de Regidores que
el Concejo de Cordoba tenia, si bien es la co-
mun creencia, que se componia de trece.
Segun el fuero de que despues nos ocupare-
mos, los Alcaldes eran cuatro, y estaban encar-
gados de la administracion de justicia, en
union de otros diez vecinos, los mas nobles
y sabios que hubiere, y he' aqui, señores,

como, si mañana estableciéramos el jorvado, en lu-
gar de progresar habríamos retrocedido siete
siglos. En aquellos tiempos bajo este golpe
de vista patriarcales, dicese que ciertos días de
la semana, en unos bancos de piedra, señala-
dos con una cruz, que había en la Corredora,
se sentaba el Alcalde, rodeado de los hombres
nobles y sabios de que habla el frero, oía las
querellas y en el acto eran divididas. No en-
contramos tampoco en esos primeros tiempos
el empleo de Alguacil mayor, el mas impor-
tante, puesto que era el Jefe de la fuerza
pública. En su lugar encontramos el del Ma-
yordomo, que era el encargado de los almu-

cenos de víveres, armas y pertrechos de la
guerra de la ciudad. Otra de las novedades
que encontramos, es el nombramiento de Es-
cribano por Sección. El escribano era el Se-
cretario del Concejo, el encargado de extender
sus actos y representar sus documentos. Llamá-
base Escribano, todo el que sabía escribir,
que eran bien pocos: y como la fe pública
no estaba vinculada, de aquí el número exce-
sivo de escribanos que aparecen en los docu-
mentos antiguos, y que no eran otra cosa
que testigos de excepción, puesto que conocían
lo que signaban. Por eso el fuero de nuestra
ciudad, seguramente para no limitar la

libertad de la eleccion, estatuye, "que cuando
el elegido para escribano no supiere escribir,
pueda nombrar otro que lo haga; pero "si
hiciera alguna falta aquel escribano, dice
el fuero, parese a la pena el que lo pusie-
re en su lugar."

Es muy dudosa la manera con que se ha-
cia la eleccion del concejo; pero segun podemos
colegir del fuero, no se hacia a la par por to-
das las collaciones, sino que estas llevaban
turno, porque el fuero dice terminantemente:
"y la collacion, a quien vinriere la eleccion,
toda agnelta collacion elija enatro hombres bu-
nos &c" y mas adelante: "y si todos los de la

dicha collacion no convinieren en uno, en la
eleccion de estos cuatro, tome toda la dicha
collacion, un hombre bueno de todas las otras
collaciones de la ciudad, y estos hombres ha-
yan jurado sobre los Santos Evangelios de Dios,
que elegiran cuatro buenos hombres de aque-
lla collacion que no se convierta." Observad,
Señores, como el legislador cuida de que la
libertad del elector, no se coarte, ni los
hombres de aquella porcion de la ciudad
pierdan el derecho á gobernarla.

Aun cuando aquí debiera seguir ocu-
pándose del Jureo, á fin de no alterar el
orden cronológico, puesto que su otorgamiento

to fue en 8244, cinco años despues de la conquista, diremos algo acerca del repartimiento antes de analizar aquel notable privilegio.

Recordareis que en la Conferencia anterior, al ocuparme de los premios y castigos militares, expuse los derechos que adquirian los tres primeros que asaltaban una plaza, y me olvide decir, que, al ocupar una poblacion, el punto de honor eran las casas proximas á las puertas, y cercanas á la muralla. Pero, antes de pasar adelante, y á fin de que vayamos conociendo el lugar de escena, en que han de pasar los hechos que vamos á exponer á vuestra considera-

cion, bueno será que describamos el aspecto y distribución de nuestra ciudad en el momento en que los cristianos tomaron posesion de ella.

Nada, absolutamente nada, resta de aquella Cordoba árabe, que pueda dar completa idea de lo que fue. Ni aun la gran Mezquita que, como dije en la conferencia anterior, no existiria si la Cruz al estender sus brazos sobre ella, no le hubiera servido de escudo contra las iras del tiempo, y el furor devastador del hombre, ni aun la gran Mezquita repito, puede decirnos todo lo que era el día que el Obispo de Osmá alababa por primera vez en ella al verdadero Dios.

Para formarnos una idea aproximada de lo que aquello fue, trasportaos con la imaginacion a este atrio magnifico, que designamos con el prosaico nombre de Patio de los naranjos. Miradlo, como hoy, poblado de esos arboles de perpetuo verdor, intercalados con demecurados cipreses y gigantescas palmeras, que recuerdan a sus trasplantes donde el Asia y el Africa, patria de sus padres y abuelos. Mirad sus cuadros, cubiertos de arroyos y alhelios, ocultando cien jutas de alabastro, que apenas salen del nivel del suelo, y en las cuales los creyentes hacen sus purificaciones: extasiada el

alma en el alegre trino de las aves, y el dulce murmurar del agua, que miles de curiosos arrojan por do quier, sirviendo de gradacion entre el ruido de la ciudad, y el religioso silencio de la gran Aljama, que ni aun siquiera turba el descanso piadoso del ismaelita.

Considerad, que ese muro que hoy repara el Abrio del Templo, entonces no existia. La gran Mpezquita, no interrumpida por los muros del Brucero y de la Capilla de Villaviciosa, ni por esas grandes pilastras sosten de sus botaveles, no recibia mas luz, que la que le comunicaba el patio; y desde el gozabase

la perspectiva de todo su ambito, perdiéndose la vista en sus interminables naves, en las que se combinaba la tenue claridad y el silencio que tanto disponen a la oracion.

Del fondo de aquella tenui oscuridad a que contribuia el color pardo de las dovelas alternadas de ladrillo y piedra, y la cañi negra techumbre de labrado alce de un fondo sombrio, como un Refulgente Sol se destacaba el lugar santo, el inimitable Mirhab, cuyas paredes, como una gigantesca joya, incrustada de piedras preciosas, reverberaban con los cien colores del

prima, la luz de las dos mil lamparas de oro que la alumbraban.

La Ciudad, trite es decirlo, de la misma manera que el interior de la hutuosa Aljama contrasta con el severo exterior que la asemeja a una fortaleza, la ciudad ofrecia un aspecto muy distinto de su fama y de la riqueza y gusto del interior de sus edificios. Por todas partes, calles estrechas y tortuosas, cuyos muros no presentaban mas huecos, que el de la entrada a cada casa y una serie de arquiteos, bajo el denunciado alero, correspondientes a la galeria que en la parte superior se destinaba a la cria de gusanos de seda.

El aspecto, pues de la ciudad no podía ser
mas triste y feo. Los grandiosos monumentos
de la (vieja) colonia romana, habían desapa-
recido, así como sus anchas vías. Destro-
zada la ciudad por las invasiones de los van-
dalos y demás pueblos del Norte, los árabes
puede decirse que la habían alzado de nueva
planta, construyéndola según sus poblaciones
de la Mauritania: atentos únicamente
á sus necesidades de defensa contra los ene-
migos y rigor del clima, hacen sus calles
estrechas, á fin de que puedan entrar po-
cos de frente, y tortuosas para que á todas
horas se encuentre sombra durante nuestro

prolongado edificio. Ellos, cuyas costumbres di-
stan tanto de las del pueblo Rey, no necesi-
tan de grandes plazas donde tener sus
gentes. Su vida pasa en el aislamiento del
hogar, y en él es en donde aminoran el
lujo y las comodidades.

Menos dicho, y todos lo habreis observado,
que el exterior de la gran Mezquita se a-
semeja mucho á una fortaleza; y de la mis-
ma manera y mas tetricos aun eran los
edificios que los rodeaban. Al oriente una
cerca baja coronada de alusquillas cerraba
la muralla, que limitan las calles Garre-
ra del Puente, Mosni del Sol, Pamíceros,

y de las Alfayatas, nombre árabe que significa Sastras; aquella cerca, que en sus cuatro ángulos tenía otras tantas puertas estrechas y de bajo dintel, cuyas hojas forradas de hierro cerraban de noche fuertes candados y cerrojos de complicados golpes, era la de la Alcaicería, nombre que los moros daban al sitio, en que los mercaderes de seda tenían sus tiendas. Si penetramos por cualquiera de sus puertas, encontraremos un laberinto de callejas, formadas por edificios de un solo piso, que ocupan pequeñas tiendas, en las que apenas puede revolverse el dueño, entre los montones de fajas y piezas de tela: de a

3
quella célebre Alcaicería, que surtía á todos
los pueblos andaluces con el producto de la
industria cordobesa, solo resta un pequeño
egido, o mas bien corralon comun, que de
día en día van limitando los vecinos co-
tundantes, apropiándose su terreno.

El frente norte de la Mezquita lo ocupa
pau unos paños públicos, también sin deco-
rado exterior, y de los cuales se conservan
restos en la casa, número nueve de la calle
de Céspedes, y en el veinta de la Puerta
del Perdón. El ángulo Noroeste, y parte del
frente oeste, lo Menaba el pavoroso muro
de la Judería, á la cual se entraba por

un arco, también con puerta y cerrojos, que de noche cerraban guardas, que venían con objeto, á fin de que ni la aborrecida raza anduviese por la ciudad, ni los cristianos ni moros que igualmente los aborrecían, cometiesen con ellos injurias, ni atropellos de sus personas y casas. Un muro de la Judería bajaba hasta donde hoy el Hospital de San Jacinto; de allí corría hasta cerca de la Puerta de Almodovar, y por la calle del Toruero, tomaba al arco de que hablé, encerrando las casas de los judíos, y su célebre Sinagoga, hoy ermita de San Prispin.

Pasada la Judería y una calleja que la

separaba, alzábanse altivos y severos los
muros flanqueados de torres del Alcazar, ó
mas bien de los Alcazares, que desde la esqui-
na alta del palacio obispal, se extendian
hasta el rio, y profundizaban hasta la
muralla y torres de la ermita de los Pasto-
res, dejando en su centro el Campillo, que
mas bien que plaza era un gran patio
de aquella reunion de palacios, harenes,
cuarteles y oficinas. El Alcazar real comun-
icaba con la Mezquita por una galeria
que atravesaba la hoy calle de Torrijos, y
que subsistió mucho tiempo despues de
la Conquista con el nombre de los Arquillos.

Por el lado del Sur, no sabemos que existiese edificio alguno. La muralla, segun se muestran sus vestes, venia a enlazar con la cabeza del Puente, cuya defensa cubria al lado del Campo de la Verdad, y consistia en dos torres redondas, unidas por un arco, por bajo del cual pasaba el caudal, y que se suponemos cerraria algun vastrillo o puente levadizo. Las dos torres y el arco aun se advierten al examinar la Garrachola, que tal como esta se puso en tiempo de D. Enrique 2.º. Al dicho Garrachola, nombre que le da el vulgo, porque diferente de los otros etimologistas, que la nombran Calahorra

que en árabe dicen significa Castillo. Yo he
leído en algunos autores antiguos la Carra-
nola, y significando este nombre calavera
ó la armazón de una cabeza animal, creo
que pudo muy bien llamarse así, y ser
lo mismo que cabeza del Puente.

Pasando ahora al centro de la ciudad
donde resta algo que pueda facilitar nues-
tra descripción, nos fijaremos en la manzana
en que se encuentra el Instituto, cuyo edificio
ocupa todo su centro, y en la cual, en este mo-
mento nos encontramos. El antiguo Colegio
de nuestra Señora de la Asunción fue funda-
do en 1548, por Pedro Lopez de Alpa, mé-

dico del Emperador Carlos 5.^o y hasta esta época, todas las callejas que penetran en la manzana, y otras que han desaparecido, estaban en comunicacion. Así conservan el nombre arabe de Azonaikas, que es lo mismo que calle estrecha, y por cierto que las del resto de la ciudad, no eran mas anchas. Tenemos, pues, que la manzana en que nos encontramos estaba dividida, saliendo de este casero, y tomando a la izquierda, por la calle que da ingreso al Picadero; despues por la de los Santos Juanes; luego por las tres de las Azonaikas. En la calle del Lico habia otra, frente la plazuela de Capuchinas

que hoy sirve de puerta falsa del Colegio; y finalmente, en la calle de Diego Leon, otra que marca la entrada del jardín, entre esta casa y el Instituto. Estas calles, aun cuando algunas, como la del picadero y frente a Capuchinas, y la del jardín del Instituto, y la de la Imprenta del Diario, parecen indicar que se correspondían en dirección recta, no era así: porque, como dijimos, los árabes no se cuidaban del ornato, sino de que sus calles les prestasen sombra, que su tortuosidad y estrechez dificultasen el movimiento de los caballos, y que la corta distancia de esquina á esquina, hiciera

que no saliera una saeta de mano del arque-
ro, sin la seguridad de herir el pecho de su
enemigo.

La calle del Paraiso no existia entonces,
ó por mejor decir no se comunicaba con
las Tendillas. Todo lo que media desde la ca-
lle de Diego Leon á la de Jesus Maria lo ocu-
paba la casa Maestral de la Orden de Pa-
latrava, en cuyo terreno el Sr. Pizzini ha
levantado su fonda. Las dos manzanas que
hoy divide la calle del Paraiso, era una que
se prolongaba casi recta, desde el Maestrol de
Bañuelos á la calle de los Moros; y desde
los mismos puntos con las curvas que marcan

las calles antiguas del Gilete y Soria. Lo
que hoy son Parroquia de la Compañía y
Escuelas Pías, eran entonces Capellanías Reales;
pero la manzana no se cortaba en línea rec-
ta por el lado de la plazuela, sino avan-
zaba siguiendo todas las direcciones de la
pared fronteriza. La manzana que formaba
el Colegio de Santa Victoria, con el Convento
de Corpus-Christi, y casas de la calle de San-
ta Ana, estaba dividida por la prolongación
de la puerta de Pero-Moato, que desembocaba
en la calle de los estudios, por donde hoy se
entra a los graneros del Colegio: y las dos calles
actualmente sin salida, en que termina la

parte alta de la calle del Marques del Villar.

Si avanzamos un poco mas, hallaremos que la calle de Pedregosa la forman dos grandes grupos de edificios, en los cuales penetran varias callejas, cuyas salidas y comunicacion cierran los conventos de Jesus Crucificado y la Encarnacion. Los centros de ese laberinto parecido al de las azonaicas eran la plazuela de Benavente, y otra un poco mas arriba hacia la casa de Don Rodrigo de Mera, que se llamaba la parrera de la alcajorra. A fin de no fatigar vuestra atencion con una descripcion que seria interminable, dire' que por regla

general, siempre que veamos una de esas innumerables callejas sin salida, que por todas partes se encuentran debemos suponer con certeza que ha sido cerrada despues de la conquista; bien por una fundacion piadosa, bien por el ornato ó conveniencia pública, cosas que en todos tiempos han sido atendidas, cuando las circunstancias las han combinado, con el interes de algun miembro del municipio.

Señores, antes de hablar del repartimiento que S. Fernando hicié-
ra á los conquistadores de Córdoba,

debo impugnar la sin razon de
los que, juzgando por el criterio
de nuestra época, niegan el derecho
que nuestros reyes tenían de pri-
var de sus bienes á los naturales
del país. Para negar ese derecho
es necesario olvidar que la guer-
ra era de reconquista, que los pro-
prietarios moros eran unos deten-
tadores y que sus bienes en la
imposibilidad de volverlos á sus
legítimos dueños, desconocidos con
el trascurso de tantos siglos, nada
mas justo que el que el rey, per-

sonificación del estado, los hiciera suyos sirviéndose de ellos; premiar el merito de sus vasallos, facilitar recursos á los nacientes municipios y dar á la corona medios de atender á las necesidades de una guerra que era necesaria é imprescindible, hasta arrojar de España el último de la raza invasora.

El repartimiento de Cordoba ha sido negado por mas de un escritor, en vista de no encontrarse en ninguno de los archi-

vos conocidos y constar solo en una
bula de Inocencio IV sobre par-
ticion de Diezmos; bula que en
tiempo de Pedro Diaz de Pri-
vas se conservaba en el archivo de
la Catedral de cuyos libros copió
el citado autor partes de los es-
tatutos de "Diezmos del dona-
dio" formados en 1564 cuando ya
las fincas repartidas habian pasa-
do en su mayor parte a terceros
y cuartos poseedores. Que hubo
repartimiento, es cosa innegable,
por la referencia de multitud

de documentos que lo comprue-
ban: la duda está en la canti-
dad de tierras repartidas; y si
el acta de donacion ha desapa-
recido, la causa, sin duda algu-
na, está en el interes de los que
tomaran mas, que lo que el santo
Rey les donára.

Segun lo que hemos podido ver, las
donaciones no tenian nada de pin-
gies; á menos que con las Tugadas
pare como con los maravedis; cuyo ver-
dadero valor en alguna época no ha
podido averiguarse; pero si Tuga

das, segun se afirma, es la superfi-
cie que una pareja de bueyes puede
labrar en un dia, bien poca cosa
eran 15 Yugadas en que consistio la
donacion de uno de los primeros
ganadores. Mucho mas pobre seria,
aun, si Yugada, como en otra par-
te hemos leido, fueran cuarenta
varas de terreno. La Yugada creo
que debio ser mayor cantidad
de tierra y que seria facil apre-
ciar, teniendo en cuenta que hoy
predios cuyos linderos son los mis-
mos de hoy, como sucede con el

cortijo de la Pinconada, que en
el documento que hemos citado, a-
parece repartido con una cabida
de 30 Lugadas de Año y ver

En la imposibilidad de es-
tractar esos estatutos, que entre o-
tras curiosidades, tienen la del ori-
gen de todos los nombres de los pre-
dios rústicos de nuestro término;
pues por el sabemos quien era
el Chanciller, y la Montesina
y D.^a Sol y D.^a Urraca y Valde-
peñas y Cordobilla y los demas
que han legado sus nombres a

los cortijos, que hoy designamos con
ellos y muchos de los que los mo-
ros les daban, en esa imposibi-
lidad, por el cansancio que os
produciria, haremos un compen-
dio del repartimiento urbano.
Para abreviar nos circunscribi-
remos á la Almedina.

Penetrando por la puerta
de hierro que estaba en el come-
dio de la Zapateria, entre la Ca-
lle del Cister y la esquina de la
de Alfaro, á pocos pasos se en-

contraba un recodo que volvía á la izquierda, y á su frente otra puerta, cuyo arco con el nombre de Pócal casi todos hemos conocido. Frente á esta segunda puerta, y por detras del muro que la unía con la de hierro, corria una calle que facilitaba la defensa del adarve, y que se prolongaba por todo el recinto.

Esta calle que llamaremos vía militar, mas ancha que las demas del centro, es la misma que hoy conocemos con los

nombres de Prim, Ambrosio
Morales, Cabezas y Carrera del Puen-
te, hasta la Catedral, desde don-
de por entre los Alcázares y la In-
deria llegaba a la Puerta de Al-
modovar; por la de la madera
enlazaba con la de Gallegos y
de allí por los Callejones y Pas-
Castillo, salia á la puerta del
Osario y desde aqui por la pla-
zuela de Doblas y la calle del
Cister, siempre, siguiendo la direc-
cion del muro, se enlazaba á la
Puerta - Real.

Dijimos que las puertas y las
casas cercanas á la muralla, e-
ran el puesto de honor que de-
gian y se reservaba, para los que
mas parte habian tomado en
la conquista; por eso vemos que
el adalid se queda, por decirlo
asi entre rastrillos, y elige para
si la casa que luego seria: pri-
mero de los Alguaciles Mayores,
despues de los Alferes, y hoy de
la Duquesa viuda de Amodo-
var: Martin de Argote, la que
fue de los Marqueses de Cabri-

mana; Pedro Cafur tomó la de en
frente que hoy vive la Condesa
vinda de Hornachuellos; Abias
de Saavedra la que ocupaba el
sitio del teatro; Juan Sanchez
de Funes la que vive el Mar
ques de las Escalónias en la pla
za de Séneca; y Alfonso Lopez de
Haro, la solariega de los Mar
queses del Carpio, en que hoy está
el fin de la calle de las Cabe
zas. Cal vez porque por el río se
considerase asegurada aquella
parte del recinto, ello es que no

encontramos ninguna casa sola
riega desde el arquillo de Cabe-
teros al puente; sino recurrimos á
la suposicion de que la que fué
posada de Ballinas se edifica-
ra en algun solar de la familia
célebre de los Gallenatos que tuvie-
ron repartimiento en Cordoba, y
que el nombre de la posada
fuera una corrupcion.

Pasado el Alcazar, encon-
tramos ya en la calle de las
Paras el solar de los Marrigues y
de los Menas; cerca de la puerta

de Almodovar la casa de los Guzmanes en la calle de la Madera; mas adelante junto al muro de la Trinidad los Hoces, en donde hoy vive el Duque de Hornachuelos y mas inmediato á la muralla, la casa de Alonso de Hoces el cuarto frente al huerto de este último nombre; Inmediato a la puerta de Gallegos encontramos los Rios en lo que luego fué convento de la Concepcion; y á su espalda los Heredias, en la que conocemos con el nombre

de la Cuadra, en cuya casa se han conservado hasta hace poco, restos de arquitectura árabe. Como guardas de la puerta del Osario, encontramos á Rodrigo Fernandez el Tico, en la casa que hoy vive D. Antonio Altuna; y en la del Arco, á Gonzalo Garcia de Corquemada; finalmente, vigilando el muro desde el Osario á la puerta de Hierro, de que partimos, encontramos á Pedro Ponce de Cabrera, donde hoy vive el Conde de La Torre y á los Girones

y Venegas en las que habrían de ser conventos de Capuchinos y las Dueñas.

Si alguno de vosotros ha parado en ello su atención, habrá estrañado que no mencionemos en el repartimiento, ni señalemos las casas de Benito Baños y Alvaro Colodro, aquellos soldados que tanta parte tomaron en la conquista, y a quienes tantos plácemes dimos en nuestra lección 1.^a Cal vez alguno, bajo el punto de vista de las ideas de moral,

se habrá dicho que era natural
que como plebeyos fueran olvida-
dos; y que la proverbial ingra-
titud de los reyes dejara sin pre-
mis sus proezas. Ni la época lo
daba de sí; ni tan gran rey hu-
biera olvidado jamas, servicios de
la importancia y resultados,
como los que hicieron á la re-
ligion y á la patria Colodro y
Baños.

Lo que sucedió fue; que ellos co-
mo todos los hijos del pueblo, amantes
de los lugares en que habian nacido,

y cuyo amor habia exacerbado la ausencia de sus largos años de cautividad, prefirieron gozar al lado de sus padres y deudos de la preza de sus hazañas, que en el teatro de ellas adquirir una fortuna que los hubiera ligado para siempre al suelo conquistado; porque, segun el fuero de que vamos á ocuparnos en breve, era condicion precisa del que en Córdoba poseyera bienes, vivir en ella.

Colodro natural de un pueblo del arzobispado de Toledo llama

do Covenio, Obtiene una pingüe
donacion que se perpetua en sus
descendientes, vinculada, y su fa-
milia adquiere consideracion, con-
servandose hasta hoy con el nom-
bre de los Colodros un barrio de
aquella poblacion. Benito Ba-
ños, ennoblecido tambien y hereda-
do perpetua y lega sus honores y
bienes en los de su apellido del pue-
blo de en la provincia
de Guadalajara. No fué aquel
siglo en que se dice que el exclusi-
vismo de las razas dominaba

el que desatendió a Baños y Colodro; el nuestro con sus pretensiones democráticas es el que los olvida y al dar nuevos nombres a nuestras calles, conmemora a Domingo Muñoz y Alvar Pérez de Castro, y no ha tenido un Benito que anteponer al Baños de sus dos calles de este título.

Vamos a ocuparnos del fuero de Córdoba anteponiendo algunas consideraciones acerca de las causas de su otorgamiento. Con

quistada nuestra ciudad y abandonada por la mayor parte de sus moradores, que segun las condiciones de la entrega, no podian sacar mas bienes que los que ~~llevaban~~ llevaban sobre si; Cordoba fue repoblada con los gefes y soldados del exercito del santo rey, quedando en ella todos los segundones y todos los desheredados, que formaban parte de aquellas tropas colecticias, que al volver á sus puntos los que en ellos tenian haber, ponderaron la fertilidad

del suelo, su apacible ~~clima~~ y sobre todo la facilidad de crear fortuna. En aquellos primeros momentos, la ocupacion fué el título de la nueva propiedad: las casas yermas con su menage fueron del primero que entro en ellas; mas aquella gente aventurera que de todos los puntos de España acudieron, y que en poco tiempo remplazaron a la poblacion azarena, que emigrara, acostumbrada a la guerra, pero sin hábitos de trabajo, abandonó el

cultivo de los campos y para disponer sus habitaciones en armonía con sus costumbres y necesidades, destruyeron las grandes puertas de prolijo ensamblamento, los preciosos alicatados de las alcobas, el afiligranado adorno de los ojimeces, que remplazaron con pesadas rejas; arrasaron los restos de Medina-Azahara; las lindas y lujosas alquerías y los barrios que entre el río y la sierra cubrían toda la vega de Occidente.

Cal abandono y destruccion,
precisa y necesariamente, tenia
que producir sus naturales efectos;
y Cordoba que a poco de su con-
quista llego a contar setenta mil
familias, se vio presa del ham-
bre mas espantosa⁽¹⁾ El adelan-
tado Alvar Perez de Castro vuel-
a Castilla; el rey le entrega sus
tesoros y cuantos bastimentos se
encuentran disponibles; y la ca-
lamidad queda por el pron-
to combatida; pero como la cau-
sa que era la incuria de los

nuevos pobladores no cesaba, al
año siguiente vuelve á repetirse;
Perez de Castro torna a Cas-
tilla y á su vuelta acometido
en Orgaz de una aguda dolen-
cia, muere en aquella villa,
siendo el único de los conquis-
tadores de Córdoba, como vereis des-
pues, que no acaba sus dias en
los campos de batalla.

Aun cuando el hecho que voy
á referir no ocurre en Córdoba,
sin embargo está ligado con su his-
toria puesto que la ausencia de Alvaro

Perez fué su causa y como ademas
es de esos que prestan vida a la nar-
racion, poniendo de relieve el espí-
ritu del siglo en una historia que
hemos llamado popular, no es po-
sible que de él nos olvidemos.

En su primer viage al Adelan-
tado dejó á su esposa D.^a Leonor
Ororio en el castillo de la Peña
de Martos, confiada á la custo-
dia de cuarenta caballeros, á las
órdenes de su sobrino D. Bello, jo-
ven que lleno de ardimiento y
deseoso de probar fortuna, come-

tió la imprudencia de salir con
toda su gente a dar una cabal
gada dejando abandonado el cas
tillo, confiado en su inexpugna
ble posición. Alhamar el rey de Ar
jona sabe la ausencia de D. Collo
y con un numeroso golpe de mo
risma cerca la imponente Peña.

Señores, en aquella edad la guer
ra no podía ser menos que feroz;
la rendición no daba lugar á
esperanza alguna: el vencimien
to era para el hombre la esclav
itud; para la mujer hermosa

la mas horrible de las servidumbres. D^a Leonor de Osorio al ver cercado el castillo no se turba ni amilana; reúne sus dueñas y doncellas; les hace cambiar las blancas tocas por el acerado yelmo: les reparte armas, y las coloca de perspectiva en las almenas, enviando al unico criado del castillo en busca de D. Bello. Alhamar al ver el muro coronado de guerreros duda de sus confidentes, y antes de asaltar aquella posicion inexpugnable, espera a la confirmacion

de sus noticias, y da lugar á la
llegada del imprudente D. Belloy
sus cuarenta bravos, entre los cua-
les estaba Diego Perez de Vargas;
que por aquello del Cepejon ya
lo conocian por Moachuca.

¿Pero como atravesar la mun-
chedumbre mora, aquel ejército á
quien entusiasma la presencia
del Moazarita, que hasta enton-
ces nunca le habian visto la es-
palda los cristianos? La entrada
en el castillo es imposible y sin
embargo Perez de Vargas propone

á sus compañeros, que formen un
hopel y atraviesen las filas enemi-
gas. "La vida no ha de durar siem-
pre, y morir tenemos," les dice; "yo por
mí prefiero perderla que ver perderse
la pena y la condesa: mil muer-
tes antes que la vergüenza de ver
al rey después de tan gran desgra-
cia y sobre todo bajar la vista ante
Alvar Pérez, mi señor, que al au-
sentarse nos dejó confiada su espo-
sa y con ella su preclara honra."
Aquellos hombres estimulados por
las palabras de Vargas Machuca,

juraron morir antes que sufrir el
sonrojo de dar tan mala cuenta del
encargo que les dejara su jefe; y á
toda rienda, como un torbellino
de hierro que destroza cuanto en
cuentra, penetran en el castillo;
y los moros, perdida la oportu-
nidad de la sorpresa, levantan
el cerco.

Decíamos antes de esta digre-
sion, que el hambre habia ense-
ñado su horrible faz, efecto del
abandono en que los primeros po-
bladores habian dejado los cam-

pos. Y no solo habian abandonado la agricultura, sino hasta la defensa; pues una vez enriquecidos marchaban á su pais por largas temporadas, y la disminucion del censo hacia imposible la ofensiva contra los pueblos fronterizos. El remedio de estos males y la necesidad de aumentar la poblacion, fue lo que S. Fernando se propuso, otorgando á Cordoba el fuero que vamos á estudiar.

La fecha de este docu-

mento es de 4 de Abril, era de
1279, que corresponde al año de
1241: y aparece dado en la ciu-
dad de Toledo; su comienzo es
asi:

"Porque los hechos de los re-
yes y principes alcancen la
memoria de que son dignos,
han de ser establecidos con el be-
neficio de la escritura. Por tam-
to yo Fernando por la gracia
de Dios G. Despues del encabeza-
miento y las disposiciones referen-
tes a la formacion del consejo

de que nos ocupamos, al hablar
del régimen municipal, esta
leye: que ningun Cordobes pue
da ser preso en todo el reino, ba
jo la pena de sesenta aureos: y
si de aqui en adelante, dice,
algun hombre cayere en ho
micidio ó en algun livo, sin su
voluntad y se probare por testigos
verdaderos, si dice fiador, no entre
en la carcel; y si no tuviere fia
dor, no sea llevado a ninguna
parte, fuera de Córdoba; pero solo
sea preso en la carcel de Córdoba,

y no pague sino la quinta parte
de la calumnia." Manda que,
si alguno de Córdoba cayere en
delito de traicion, que ya recor-
dareis la manera que se casti-
gaba, envolviendo á la familia
del traidor en su confiscacion y
ruina, en Córdoba solo sus bienes
pasaran á la corona; pero nolo
de su muger i hijos. En aque-
llos tiempos de rudeza, la socie-
dad cuidaba mas de la proteccion
del debil. "Item mando y concedo,
dice el fuero, que ninguna de sus

mujeres, que fueren viudas o don-
cellas, le sea dado marido con-
tra su voluntad, por alguna
persona poderosa. Yem; ninguno
será atrevido a robar mujer al-
guna de sus mujeres, ora sea
mala, ora buena, ni en la cin-
dad, ni en la villa, ni en el
camino; y el que alguna de
ellas robare, muera muerte en
el mismo lugar."

Para evitar las ausencias de
domicilio manda, que ninguno
tenga hacienda en Cordoba sino

morase en ella; que cuando qualquiera de sus vecinos quisiere ir a Castilla ó Galicia, ha de ser precisamente de Octubre a Mayo: que la estacion imposibilita la guerra; pero tenia que dejar su muger en Cordoba, y si la llevaba consigo, dejar un caballerizo que respondiera de que su fonsa to^o seria cubierto.

En corroboracion de lo que hace poco deciamos acerca de la facilidad de ennoblecerse, escuchad:

Y si alguno de los de a pie quisie

re ó pudiese andar á caballo, en algunos tiempos ande á caballo, y entre á la costumbre de los caballeros."

Respecto á exenciones y privilegios, los vecinos de Córdoba solo tenían obligacion de un fornsato al año; y donde quiera que tuviesen heredad, eran catadas y exentas de todo pecho; si se perdía ciudad ó villa, en que los cordobeses tuviesen bienes, debían tornar á su posesion; si el pueblo era rescatado. La ciudad no podia ser patrimonio de ningun señor,

sino del rey á cuyo cargo debía correr el reparo de los muros. Seria necesario copiar todo el documento, si hubieramos de mencionar todas las exenciones que el rey da; "por el arma que tengo, dice, al pueblo de la ciudad de Córdoba"

No queremos pasar en silencio, para que se vea que nuestros reyes, aun los santos, eran enemigos de la amortizacion, el capitulo que dice. "Estatuyo confirmando que ningun hombre de Córdoba, varon ó muger pueda dar ó vender

heredad suya á alguna orden
----- y la orden que la recibie-
re dada ó comprada, que la pier-
da: y el que la vendiere, pierda
los maravedises y háyanlos sus pa-
rientes ó mas cercanos.

Señores, vamos á terminar este
conferencia, llamando vuestra at-
encion sobre un hecho importan-
tísimo, que coincide con la con-
quista de Córdoba, y es el naci-
miento del reino de Granada.

La Alenas de Occidente cae en
poder de los cristianos: sus mora-

dores espulsados de ella por el conquistador, como la raza goda en otros dias, se habia refugiado en las montañas de Asturias; los cordobeses buscan los riscos de Jaen y las Alpujarras, y el pueblo de los Abderramanes purificado por el infortunio, encuentra otro Almanzor que lo regenera en la persona del gran Alhamar el Manzarita. A la sombra de su genio, los descendientes de los artistas que habian asombrado el mundo con la obra de

la gran mezquita Cordobesa, levantan esa Alhambra cuyos primores admiraran los siglos: renacen las escuelas: aparecen los poetas y guerreros de los buenos tiempos de la corte de los califas, y nace en fin aquella raza de moros granadias, tan caballeros, que pueden hombrearse y dar la mano al mas altivo señor de ambas Castillas.

Señores, entre los muchos misterios del corazon que no se explican, es uno el que sea mas profundo e ines-

tinguible el odio del ofensor que el
del ofendido; el vencedor nunca se
cansa de perseguir. La Córdoba ár-
abe renace al abrigo de los muros
de la Alcazaba granadina; la Cór-
doba cristiana parece nacer con
una misión providencial; la de
estinguir a su rival eterna y las
Córdoba árabes y cristiana, se con-
templan tres siglos de perpetuo re-
to desde las sierras de Torre Arboles
y Muley-Hassem. A Córdoba ve-
nen sus reyes y de ella parten to-
das las expediciones que van des-

membrando el imperio de la media luna: y cuando llega el momento supremo de darle muerte, Córdoba contribuye con un convoy de bastimentos de setenta mil caballerías, manda á la vega tres mil lanzas y seis mil peones y contribuye para el aumento de aquel estado mayor de heroes que rodea á la gran Isabel primera con hombres de tanta estima, como el temido conde de Cabra, el invencible D. Alonso señor de Aguilar y el entonces adolescente D. Gonzalo, unico capitán

que entre tantos tan famosos, ha-
bia de llamarse Grande.

Granada se entrega: Córdoba tie-
ne su misión cumplida, y también
cae rendida a sus titánicos esfuer-
zos, como el árbol a quien esquil-
ma la exuberancia de sus frutos.

Señores, se ha dicho que desde
la reconquista Córdoba no tiene
historia. Si la tiene o no, es lo que
vamos a ver en las lecciones suc-
sivas.

He dicho

que como todos son formados

por el mismo principio

de la naturaleza de los

seres que existen en el mundo

y que son los que forman

la base de la sociedad

y que son los que forman

la base de la moral

y que son los que forman

la base de la política

y que son los que forman

la base de la economía

y que son los que forman

la base de la historia

Conferencia cuarta.

Señores:

Como dijimos en nuestra última lección, Córdoba apenas conquistada, efecto de la fertilidad de su suelo y clima apacible, y mas que todo por los privilegios que el Santo Rey le concediera, fue repoblada como por encanto, y en poco tiempo reunió setenta mil familias.

Cuando en la conferencia anterior hablamos a la inercia de los nuevos pobladores, el hambre que siguió en los años

inmediatos á la conquista no fuimos
del todo justos, porque debimos tener
en cuenta, que en esos años los nuevos Cor-
dobeses no pudieron manejar otro instru-
mento que la espada, ocupados en las con-
quistas de Lucena, Aguilar, Montilla,
Cabra y casi todos los demas pueblos
de nuestra provincia; pueblos cuya ma-
yor parte el Santo Rey donó á nues-
tra ciudad, cuya jurisdiccion llegó hasta
Constantina pocos años despues.

Al abandonar los moros á Córdoba,
los judíos que vivian en ella, quedaron
en la ciudad con un sinagoga y

Rabinos, tolerancia que no comprendemos,
si es que no fuera premio de algun mal
servicio que durante el sitio hicieran á sus
antiguos dominadores; aunque por otra par-
te, los vemos quedar igualmente en la
villa y otros lugares despues de su expug-
nacion, y en las partidas encontramos la
razon de esa tolerancia. La razou, dice,
porque la Iglesia, et los Imperadores, et
los Reyes et los otros principes sufrieron á
los judios vivir entre los cristianos, es esta
porque ellos viviesen, como en cautiverio
para siempre, et fuesen remembrança á los
hombres que ellos vienen del linage de aquellos

que crucificaron á Nuestro Señor Jesu
cristo." Por manera que esa al parecer
tolerancia que los judíos gozaban, no era
otra cosa que un peregrino desagravio
que se ofrecia á la Religión, mortifican-
do aquella desdichada raza, y con su cau-
tívio y dispersion recordando al pueblo
el cumplimiento de la maldición divina.

Por este tiempo, los historiadores es-
tan contestes en que los Judíos cordobeses
daban frecuentes motivos de quexa á los
cristianos sus convecinos, cuyos hijos ro-
baban, mientras estaban en la guerra, ven-
diendoselos á los moros de la frontera, que

se servian de ellos para el cange de sus can-
tivos. De aqui, el que de noche se les en-
cerrase en sus barrios o judenias que co-
mo hemos dicho estaban cerrados de altos
muros y fuertes puertas, que quedaban vi-
gilantes especiales. La noticia de los der-
raues de nuestros judios, llego' hasta Ro-
ma y el Pontifice Gregorio IX. tuvo que
mandar severamente al Obispo de Cordoba,
que obligase a los judios a traer siempre
una señal pública para que en el traje
se distinguirisen y fuesen conocidos de los
cristianos, segun lo habia dispuesto el Con-
cilio Lateranense.

No era, no, aquella rara proscrita tan
digna de comparacion como nuestro Siglo
a' seis de distancia la contempla; la
rara fudia soberbia y altanera en me-
dio de su condicion abjecta, no solo pug-
na por broubrarse con los conquistado-
res, sino que pretende ser aun de me-
jor condicion que ellos, y resisten ya
el Dinero, que esta resistencia a' la luz
de otra epoca podria parecer equitativa,
sino toda otra clase de tributo. Lo cual
nos recuerda que la contribucion de
inquilinato que en nuestros dias ha que-
rido establecerse, lejos de ser cosa nueva,

es tan antigua, que se pagó en Córdoba
en los tiempos inmediatos á su conquista;
pues segun un documento que reproduce
el libro de las tablas en el Archivo de la
Santa Iglesia (folio 13) habiendose que
rellado de que "habia judios e moros
que albergan casas de cristianos et mo-
ran en ellas, et non dan el derecho que
daban los cristianos, si viviesen en ellas;
por ende el Rey mandó que los judios
e moros que moraran en las casas de los
cristianos alogradas, (es decir arrendadas)
que paguen sus derechos, como lo facian
los dichos cristianos."

A mas de los Judios, á poco de la
expulsion de los moros, muchos de estos
se establecieron en Córdoba, y tambien
debian de vestir el traje de los conquis-
tadores; por cuanto se mandó que asi co-
mo los Judios trayeran sobre el vestido una
señal que los distinguiera y denotara su
origen. Llamaban Moros que los cristianos nom-
braban mudéjares, como ellos llamaron
muzarabes á los godos que quedaron en
los pueblos sujetos á su dominio, eran
los que en Córdoba exercian las artes y
oficios; ellos y los esclavos de su raza,
que los Señores poseian, porque esclavo

era todo prisionero, se dedicaban al cultivo de los campos; ellos siempre á merced del vencedor con quien no le ligaba ningún pacto, vivían en nuestra ciudad en la peor de las condiciones, sin fues natural que oyen mis querellas, ni templo en cuyo recinto, doblada las rodillas y el rostro contra el suelo, pudieran pronunciar el nombre cien veces Santo del Grande Alá, libres de las profanadoras miradas de los nazarenos.

Las pocas ciencias y el exiguo comercio, que existía, estaba en poder de los judíos: las industrias no eran conocidas; en los

doña no se fabricaba mas que una cosa,
armas: así es, que en aquel tiempo en que
las profesiones vivían agrupadas, y da-
ban nombre á las localidades, con el de
cada oficio solo encontramos calles cortas,
como sillería, toquena, Mercaderes, cuchille-
ros, &c. al paso que registramos en la
antigua ciudad casi tanta calle de
Armas ó armeros como Collaciones. Ver-
dad es, que los cordobeses durante tres si-
glos, no necesitaron mas que armas, por
que en la punta de la lanza estaba
el derecho; en el espesor de la coraza
la impugniencia del temerario arroyo, y

La espada lo era todo, desde el libro que conferia la dignidad; hasta la hoz, que recolectaba las mieses, que habian crecido regadas con el sudor de los agarenos en los pueblos fronterizos.

La guerra: he ahí, señores, la ocupacion del pueblo cordobes desde que nace hasta que Granada se rinde: en este primer periodo de su historia yo sentí contristados en vez de agradablemente entretenidos, cual fuera mi deseo, porque las anécdotas y consejas

populares de esa época son tan terribles y horrorosas, como las batallas que vamos a describir. En el hogar en las calles y en los campos, por todas partes, solo hallaremos sangre regando el suelo, tiñendo el río y manchando el tálamo del esposo y las gradas del altar.

Afortunadamente en el mundo todo tiene compensación, y si el corazón se contrae a la referencia del guerrero que cae atravesado por la lanza infiel, o la hermosa que expira bajo el puñal

del ofendido esposo, tambien lo dilata-
ra ese sentimiento el mas gran-
de y noble que siente el corazon,
el amor a la patria, cuando
siguiendo la gloriosa enseña del
consejo de nuestra ciudad ¡Cór-
doba! oigamos gritar a sus valien-
tes hijos en las brechas de Castro
y en los muros de Baena, ¡Cór-
doba! en los campos de Aljubar-
rota y de la Albuera ¡Córdoba!
a las orillas del Salado en el
socorro de Lerez, la ciudad her-
mana y finalmente en la vega

y sobre la Alhambra de Granada,
siendo Córdoba siempre nombre
de terror y espanto para las quin-
nas portuguesas y las medias lu-
nas sarracenas.

Conquistados los pueblos fronte-
reros, rendidas Constantina, Lora,
Marchena y Carmona, llegó la
hora postrera de la dominación
musulmana, á la orgullosa His-
palis, á Sevilla la reina del
Guadalquivir. Fernando tercero
reune en Córdoba su ejército de
que hace capitán general al bra-

oo adalid Domingo Muñoz y par
te al cerco de aquella gran ciudad
llevando consigo la mesnada de
nuestro consejo, la mas numerosa
y aguerida de quantas habian
allegado las villas, ciudades y ri
cos-homes castellanos.

Establecido el sitio, los cordo
beses tienen su campamento el
mas cercano á la ciudad en
tre el de la caballeria de Santi
go, y los reales de los tres infantes
hijos del rey; y quando los sitia
dos asaltan el real de los gallegos

enfermos en su mayor parte
por los vapores del rio, así como
su jefe el Arzobispo de Santia-
go D. Juan Arias Mesia; las
gentes de Córdoba acuden en
su auxilio y rechazan a los
moros, dejando 500 de ellos ten-
didos en el campo; entre los cua-
les se cuentan cincuenta de
sus valerosos Jazules.

Señores; todos habreis oido
contar la hazaña de Hernan-
do del Pulgar, cuando con sei-
compañeros penetró durante la

noche en Granada y clavó en
su mezquita la solutacion an-
gélica: esa admirable haza-
ña tenía un mas señalado
ejemplo desde el sitio de Se-
villa. El Santo Rey, movido de
su ardiente devocion á Maria,
sin comunicar á nadie su de-
signio, penetra solo en la ciudad
 sitiada y visita la santa ima-
gen, que segun la tradicion,
desde el tiempo de los godos per-
manece pintada en el muro
del mayor de sus templos y has-

ta hoy se venera con el título
de la Antigua. Echado de me-
nos en el real, un cordobes, D. Pedro
Ponce de Cabrera, sospechando lo
que efectivamente era, se une con
D. Diego Lopez de Haro, señor de
Vizcaya, D. Pedro de Guzman, Juan
Fernandez de Mendoza y Fer-
nando Yáñez; penetran en Sevilla
en busca de su Rey; llegan á
la gran mezquita, recorren sus prin-
cipales calles y abriéndose paso con
sus espadas, vuelven al campa-
mento, donde ya se encontraba

J. Fernando sano y salvo de su arriesgada expedicion.

Conquistada Sevilla fueron muchos los caballeros cordobeses que obtuvieron repartimiento; pero muy pocos los que radicaron en ella; porque segun recordareis, una de las prescripciones del fuero de nuestra ciudad, de que nos ocupamos en la leccion anterior, era la de que no pudiese tener heredad en Córdoba sino el que viviese en ella con su muger e hijos.

Disposicion sabia que ella sola bastaria á justificar la verdad de lo que el santo rey decia en ese mismo fuero; de que lo otorgaba "por el mucho amor que tenia al pueblo de la ciudad de Córdoba:" porque, señores, juzgar lo que esta ciudad seria, si andando el tiempo siempre hubiera podido obligarse á sus grandes propietarios á que vivieran en su recinto.

Decíamos hace poco al ha-

blar de la sinagoga judia, que
los cristianos respetando la ori-
ginalidad del principal de
nuestros templos, no tenian ~~en~~
un lugar digno y adecuado
en él para las necesidades de
su culto. En efecto hasta 1288 no
empieza a levantarse la capilla
de Villaviciosa; pero al levantar-
la ese clero, a quien hoy en todos los
tonos se moteja de poca ilustra-
cion, en todos los tiempos cuida de
la conservacion de la obra de
Abderraman con nimio cui-

dad; y para ello alcanzá primero un privilegio para que se le concediera perpetuidad, dos moros albaniles y dos carpinteros para la reparacion de la mezquita; despues, alcanzó otro para que todos los moros que residian en Córdoba, estuviesen obligados a trabajar dos dias al año en las reparaciones que ocurriesen. Y a ese cuidado prolijo es al que debemos el que nuestra generacion admire lo que resta de la summosa Alja.

na; porque gracias al procedi-
miento indicado, el revistimien-
to de esos muros no tiene pues
la antigüedad de la conquis-
ta, sino solamente el de la es-
pulsion de los moriscos. Si el nue-
vo crucero ha alterado despues
la planta de la mezquita,
no culpemos por ello al cabildo
de Córdoba; como veremos mas
tarde, harto resistió la obra y han-
to se quiso á ello la ciudad;
pero la vanidad de un mag-
nate y su deseo de perpetuar

su nombre triunfó de todos
sus esfuerzos.

Y la que hablamos de la Catedral, nos ocuparemos de una
conseja, que la tradicion y graves autores confirman y niegan
á la par. En este siglo decimos
tercio cuentan que eran tantas
las golondrinas que entraban
en la catedral y hacian en
ella sus nidos, que con sus can-
tos turbaban el silencio nece-
sario para la celebracion
de los divinos oficios y enou-

ciaban no solo el pavimento,
sino hasta los altares y todo el
edificio, sin que nada bastase
para argüentarlas del lugar
santo. En este estado el cabildo
acordó' explicar á las culpa-
das aves las censuras eclesiás-
ticas; formóseles proceso, y se les
nombró defensor; por que no ha-
bia de condenárseles sin oír la
voz amiga de esos pájaros in-
centes, á quien el vulgo cristiano
casi venera, por la piadosa
creencia de su compasion al

Hombre Dios coronado de espi-
nas. Signifícase pleito; se pronun-
ció sentencia, y esta fue que se
las arrojara del templo por me-
dio de censuras, y ¡cosa rara di-
ce el piadoso y timorato narra-
dor; desde el punto que se les le-
yo la sentencia, jamás han si-
do vistas en esta santa iglesia,
siendo sus techos tan apropiados
para sus nidos."

Y cuenta mas el P. Martin
de Roca, que es el autor á que
nos referimos: dice, que habiendo

acabado de rezar sus horas,
cierto clérigo, en el patio de los
naranjos, puso el breviario entre
las ramas de uno de estos ár-
boles: olvidó el sitio, echó de me-
nos su libro, y creyendo se lo ha-
bían hurtado; no siendo fácil
su reposición por la falta de
imprentas, recurrió á las censuras
contra el pretendido usurpa-
dor, y que publicada la exco-
munion, secóse el naranjo to-
talmente.

Feria, en su palestra sagrada

explica el hecho de no entrar
golondrinas en la catedral por
lo oscuro de su fábrica y gran
extension, que hace, que aun en
medio del estio, el aire sea en
ella humedo y poco elástico, y
por consiguiente contrario á la
naturaleza de estas aves que ne-
cesitan un aire sutil, caliente
y vivificante; deduciendo que
las golondrinas no entran en
la catedral, porque su instin-
to les advierte que allí no pue-
den vivir. El caso del naranjo

lo niega fundándose en que
debiendo haber ocurrido lo me-
nos en el siglo XV, supuesto que
se refiere que no había im-
prenta, en esa época no había
naranjos en el patio; pues se-
gun Herrera en su Agricult-
tura, los que hoy los vio plan-
tar y que fueron traídos de
la Huerta del Alcazar. No
podemos conformarnos con es-
ta hipótesis de Feria; nada
importa que Herrera floreciese
en el siglo XVI y que en su tiem-

po se tragesen poute ó todos los
naranjos que hoy vemos, para
que anteriormente los hubiese en
aquel sitio: en descripciones mu-
cho mas antiguas, se dice que
ese incomparable arbo estaba
poblado de naranjos, cipreses y
palmeras y por consiguiente los
naranjos que Herrera vio tras-
plantar en el siglo XVI, pudie-
ron ser para llenar los hue-
cos de esos cipreses y palmeras que
no han llegado hasta noso-
tros.

Un autor contemporaneo, que las
semillas del corazon y las creencias
no reconocen tiempos; el Sr. D. Pe-
dro Madrazo en sus recuerdos y
bellezas de España, al hablar de
los hechos que acabamos de nar-
rar dice insinuante: "este hecho
en si parecerá ridiculo á los
que solo miran la superficie de
las cosas; ¡Emplear las armas es-
pirituales contra golondrinas! ¡Que
disparate! Nosotros avanzamos
mas; negaremos el hecho. Pero
aun suponiendo que esta anéc-

dota sea invencion de algun
apasionado de esas inocentes ave-
cillas, de todos modos podria en-
tenderse como fórmula de una
gran verdad; á saber: que nun-
ca las armas espirituales fueron
desairadas por Dios en la creyen-
te edad media, cuando se em-
plearon en su honra y acata-
miento, y que el mismo inspiró
á sus vicegerentes en la tierra una
confianza ciega en la asistencia
divina, para llevar á cabo o-
bras que parecian humanamen-

se imposibles, dandoles imperio
no ya sobre los seres racionales, sino
tambien sobre los iracionales y sobre
la naturaleza inerte.

Para mí, y sin que por esto
se crea que disintimos del Señor
Weadrazo, el hecho de las golon-
drinas y el naranjo, prueban solo
la gran fe que en las almas es-
pirituales se tenían y como con-
secuencia su eficacia hija del ter-
ror que en las masas popula-
res infundian. Como veremos mas
adelante, el abuso que en nues-

tra ciudad se hizo de las ex-
comuniones, destruyó su fuerza é
hizo nulos sus efectos, especialmen-
te cuando los bandos políticos
hicieron de ellas un arma de
partido.

Muerto el gran Fernando
tercero de Castilla, se portento
en quien segun Quintana se
vieron reunidas "todas las virtu-
des de un hombre, todas las ena-
liades ^{heredadas} brillantes de un ^{rey,} en-
tró á sucederle, como todos sabe-
mos su hijo D. Alonso el Sabio.

El mérito sin igual de S. Fernando para nosotros consiste en que fué un rey segun la época y las condiciones del pueblo que habia de gobernar: para nosotros, los reyes son buenos ó malos, segun se atrasan ó adelantan al estado de sus pueblos y bajo este punto de vista Alfonso X habia nacido tres siglos antes que debiera, viniendo á interrumpir la armonia que su padre habia establecido entre el trono, los magnates y las aspiraciones de sus súbditos.

ditos. Eras de San Fernando
Castilla necesitaba haber te-
nido a la gran Isabel prime-
ra; pero los juicios de Dios son
inescrutables: y Alfonso X retarda
la unificación española tan-
tos siglos, cuantos eran los que
el habia adelantado su veni-
da al mundo.

Ha dicho, no recuerdo quien,
que entre los necios y los hombres
de talento, no existe mas dife-
rencia, sino que los primeros di-
cen necesidades, y los segundos las

hacen; y que este axioma es ver-
dad, nada lo prueba mejor que
el desacertado gobierno de un
rey de tan brillante y fecun-
da inteligencia. Desde los pri-
meros años de su reinado, em-
pieza divorciandose de sus pue-
blos, primero abandonando la
guerra, aspiracion comun; lue-
go alterando lo que siempre
produce funestos resultados; el
valor de la moneda; luego ma-
tando el poco comercio que exis-
tia, con el establecimiento de

la tasa; finalmente, desan-
grandó la nación y abandonán-
dola, dedicado á adquirir le-
janos dominios, cuando una
raza extranjera tenía usur-
pada parte de su legítima
herencia.

Por este tiempo no habia,
segun parece, mas que una
clase de monedas de oro que se
llamaban aureos; el marave-
di de plata y el metal y pe-
pon que suponemos serian de
cobre. No sabemos cuantos ma-

maravedis tendria el aureo: si que
el maravedi valia diez meta-
les y el metal diez y ocho pepo-
nis. Alonso X mandó labrar en
Burgos una moneda, que por
esta razon llamaron Burga-
leses de mas baja ley que la
existente; y esta medida y la
de la tasa, como dice su cró-
nica, "puso toda la tierra en
gran afincamiento."

La venida de los Beni-Me-
rines de Africa, en ocasion de que
el rey se encontraba en su desacer-

toda visita al papa, hizo re-
fugiarse á Córdoba, al infante
D. Fernando y la reina, que es-
taban declarados gobernadores;
y á esta ciudad acudió tam-
bien D. Nuño de Lara, Adelan-
tado mayor de la frontera. He-
nido el ejército, marcha Ceja en
cuyas inmediaciones presentase
la batalla á Jacob Ben Ju-
cef; y aun cuando en los prime-
ros momentos de ella, llevan la
mejor parte nuestras tropas, son
arrolladas despues por los diez.

y siete mil caballos africanos,
y D. Nuño de Lara y cuatro-
cientos caballeros y escuderos de las
primeras familias cordobesas(*)
quedan tendidos en el campo,
con mas de cuatro mil peones.

Las horribles muertes que D.
Alonso dió a su hermano, el
infante D. Fadrique, y al se-
ñor de Cameros; el fallecimiento
del infante de la Cerda, cuyo
sucesion, a falta del rey, sabia de-

(*) Armas = Casa de Córdoba.

jaba ver en lontananza una me-
noría en todos tiempos temida
por los pueblos, fueron concitando
los ánimos y favoreciendo la des-
medida ambición de D. Sancho
su hijo.

Córdoba, la ciudad guerrera,
cuyos habitantes como hemos dicho,
así como los hijos del desierto, vivían
de las algaradas y el botín de los
combates; la ciudad cuya juven-
tud miraba su porvenir en los
repartimientos de las villas que
se expugnaran; una vez deci-

dido D. Sancho por la rebelion
contra su padre, Córdoba no po-
dia dudar de su partido en-
tre un rey Sabio y otro que se ape-
llidaba el Bravo.

Señores, como dije en la pri-
mera conferencia, los pueblos así
como los individuos tienen su fi-
sonomía y su caracter especial
que los distingue, que el tiempo
alguna vez, modifica, pero que
nada es capaz de variar. Por
eso, vemos á Córdoba lo mismo
en el siglo XIII que en el siglo

XIX, en el momento que el rey se divorcia del pueblo; ella prescinde de la legitimidad y es la primera que levanta sus pendones y proclama la destitucion de Alfonso X, Pedro I, Enrique IV y la segunda de las Ysabelas. Por que todos recordareis que en nuestra última revolucion, Córdoba, sin conciencia tal vez de lo que hacia, instintivamente, obedeciendo a su condicion y tradiciones históricas, si bien es la tercera ciudad que se levanta su fun-

ta es la primera de España que declara vacante el trono de Castilla.

Una vez decidido D. Sancho á la rebelion, Córdoba se declara en su favor; en ella se reunen sus parciales, y de ella parte el nuevo rey, en busca del monarca africano que evita su encuentro y se retira finalmente á sus dominios del otro lado del estrecho. D. Sancho el Bravo, despues de ajustar con Aben-Sucef una tregua, descanando escarmentar los

Granadinos, establece en Córdoba su real, y en ella se prepara su expedicion durante el invierno de 1280. Al empezar la primavera, al frente de los infantes, prelados y ricos-homes, marcha sobre Granada hasta cuyas puertas llega; pero Alhamar que habia sabido los preparativos de D. Sancho, no habia descuidado su defensa; lanza á la vega cincuenta mil moros adargados, como dice la crónica, y el ejército cristian

no huye desbandado, y lo que
jamás hacían los soldados de
Castilla, dejan abandonado al
rey. Si D. Sancho no hubiera
ya tenido sobrenombre, el título
de bravo lo habría adquirido
entonces; abandonado de su ejér-
cito á su valentia y gran brío, co-
mo dice un historiador, debe u-
nicamente el escapar de los pe-
ligros. Pero no todos los cristianos
habían huido; los cordobeses á cu-
yo frente iba D. Gonzalo Yáñez,
primer señor de Aquilar, ha-

ción rodeado á D. Sancho y aun
cuando mueren la mayor par-
te y entre ellos el valiente D. Gon-
zalo, no abandonan al rey, has-
ta incorporarse con sus desban-
dadas tropas, á quienes logran
rehacer; ni dejan entre los infie-
les el cadáver del señor de Agui-
lar, sino que lo traen consigo, has-
ta depositarlo en la catedral
en su capilla de S. Clemente.
Esto me recuerda que continua-
mente hablamos de la erección
de panteones para nuestros hom-

bres célebres y á muy poca costa,
con solo colocar una lápida, que
en cada una de las capillas
de nuestra basílica recordase
los héroes, que en ella yacen, Cór-
doba podría manifestar su gra-
titud á tantos de sus hijos como
han derramado su sangre ge-
nerosa, en pro de la independen-
cia de su patria. El señor de
Aguilar fué el primero de los mil
valientes que en aquel sagrado re-
cinto, duermen eterno sueño. En esa
infeliz batalla, que las crónicas

Kaman de Moctin, tambien mu-
rió aquel D. Pedro Ponce de Ca-
brera, el de la hazana de Sevilla,
pronto veremos el desastrado fin de
Fernando Muñoz, tronos de los
Fernandez de Córdoba, porque co-
mo digimos, parecia estar escrito,
que todos los ganadores de Córdo-
ba habian de morir lidiando.

Corria el año de 1283. D. Alon-
so el Sabio habia vuelto de su
expedicion en busca de la inves-
tidura de Emperador de Ale-
mania, porque en vano tanto

suspiró, y al mirar todos sus reinos
contra sí, sin que en todos ellos hu-
biese mas que una sola ciudad
que no lo dejara, la fiel Sevilla,
á quien diera por tiembre ese ge-
roglífico que parece un eco de las
querellas del corazón angustiado
de aquel rey tan digno de me-
jor ventura; Alfonso X en situa-
cion tan apurada que tuvo que
empeñar hasta su real corona,
comete el último de sus desaciertos,
llamando en su ayuda al rey
de Marruecos.

Los Beni-Merines vuelven
á España y unidas las pocas fuer-
zas castellanas con el ejército del
rey de Fez, vienen sobre Córdo-
ba. á cuyo frente estaba su al-
guacil mayor Ferran Martinez,
como lo llama la crónica, ó Fer-
nando Muñoz, segun le nom-
bran los escritores Cordobeses.

Conviene advertir aqui, para
mejor inteligencia, que segun
los etimologistas, Muño, Nuño y
Martin son una misma cosa y
por lo tanto iguales los patroni-

micos, Muñoz, Núñez y Martínez; según lo cual Ferran Martínez y Fernando Muñoz, son el mismo Fernan-Núñez de Comas, tronco de los Córdoba, según el padre Juanos y otros, contra la opinion del Abad de Ponte y los que creen que los Fernandez de Córdoba descienden de Fernando Muñoz hijo del adalid Domingo.

La noticia de la venida de D. Alonso y sus aliados contra Córdoba la recibió D. Llancho en Badajoz, desde cuyo punto, en solas vein

tiólos horas, con las tropas que pu-
dieron seguirle, llegó á nuestra ciu-
dad. Fernando Muñoz, se encon-
traba en la Carrahola con D. Die-
go Lopez de Haro y D. Alvaro Nu-
ñez de Lara, quando llegaron al
campo de la Verdad siete caballe-
ros que el rey D. Alonso enviaba
con su pendon real. A ver al al-
guacil mayor asomado al adar-
ve: "Ferran Martinez", digiérntle los
recien llegados - "¿Conoces este pen-
don?" - "Si conozco", respondió, "que es
de nuestro señor el rey D. Alonso".

"Pues el vos envia á decir, que le de-
des á Córdoba; que bien sabéis vos,
que el armó vos caballero; é vos la
dio—" "Decid," contesto Muñoz, "al rey
D. Alfonso, que otro señor tenemos en
Córdoba; á D. Sancho que llega a-
gora; decidle, que los cordobeses le he-
mos negado la obediencia, porque
nos ha hecho muchos agravios; por-
que ha impuesto sobre sus vasallos
servicios intolerables; porque quitó la
vida á su hermano el infante D.
Fadrique y á D. Simon Ferriz, se-
ñor de Cameros, tío de D. Diego y

de D. Alvaro, que estan aqui con
migo; porque con sus desacierto dió
ocasion para que los moros de Gra
nada matasen en la batalla
de Arjona al infante D. San
cho de Aragon, arzobispo de To
ledo; porque viene confederado con
el rey de Marruecos, que en la ba
talla de Ecija, mató al conde D.
Muño de Lara, abuelo de D. Alva
ro, á D. Fernando Ruiz, de Lara
hijo de D. Rodrigo Alvarez, y
á Muño Fernandez, mi primo
genito y mas de quatrocientos ca

balleros de esta ciudad. Sin embargo decidle que venga, sin enemigos suyos y de la religion cristiana, y entonces, el infante su hijo y todos los ricos-homes y caballeros que somos de guarnicion en Córdoba, le abriremos las puertas como á nuestro señor natural; pero si viene con moros, que se vuelva; porque no le daremos entrada."

Veintiun dias estuvo D. Alonso sobre Córdoba, sin poderla atacar por lo bien fortificada que

estaba, al cabo de los cuales levantó el sitio. Durante el asedio, mil veces los cercados quisieron salir á medir sus armas con los sitiadores; pero D. Sancho reprimiendo prudentemente su ardimiento, nunca permitió saliesen á combatir contra el pendon de su padre.

Señores, recordareis que lo primero conque los enviados de D. Alonso requirieron á Ferran Martinez para que le entregue la ciudad, es con la circunstancia

de haberlo armado caballero
el rey. Con este motivo, necesario
será que en este punto hagamos
una digresion, y demos una pe-
queña idea de lo que era la or-
den de caballeria, nervio y sosten
de aquella organizacion social.

La caballeria era una ins-
titucion que se apoyaba en el
pensamiento público y represen-
taba una necesidad viva y pal-
pitante: los caballeros, que tam-
bien se llamaban defensores, nom-
bre que significaba sus virtudes

y la obligacion de defender y am-
parar al pueblo, debian reunir
altas prendas, tanto morales co-
mo físicas. Habian de ser cuer-
dos y circunspectos para no dejar-
se fascinar por ilusiones brillantes,
ni conmover por el ímpetu de
ninguna clase de pasion. Debian
ser sobre todo justos, puesto que te-
nian que ejercer una mision
tutelar y en su poder la fuerza
de las armas; habian de obrar
bien y derechamente, so pena de
renunciar á su honor, á su

prestigio y aun á su nombre.

Debían tener fortaleza de espíritu y no ser débiles y ligeros en sus resoluciones y palabras, porque esto arguye mengua en la razón ó la voluntad. Por último, ser mesurados y corteses, usando de modales afables y maneras blandas con los débiles, reservando los ademanes violentos y las palabras altivas, para el campo de batalla, cuando enfrente del enemigo presentasen su prez, y su pujante brazo, como garantía de

su arrogancia.

Estos dotes de que debía estar adornado el caballero se hallaban simbolizadas en la espada. La empuñadura revelaba que asida á la mano, podia bajar ó levantarse la espada para herir con ella ó defender el golpe enemigo, segun convenia á la conservacion y defensa del caballero. La manzana que servia para mantener el hierro y el mango, indicaba la firmeza del caballero. La menura esta

ba representada por el arrias,
que era un pedazo de paño,
regularmente encarnado, que
ajustaba entre la manzana y el
mango de la espada. Por últi-
mo la justicia, cuyos atributos
esenciales son la rectitud e igual-
dad, tenía un emblema bien
exacto en la hoja derecha y agu-
da que penetra del mismo mo-
do por ambos lados.

Por estas razones dicen las par-
tidas: "establecieron los antiguos
que la ~~traxisen~~ siempre consigo

los nobles defensores; é con ella recibiesen honra de caballeria, é con otra arma non: porque siempre les viniere á mientes destas quatro virtudes, que deben haber en sí."

Pero la prenda mas importante de que debian estar adornados los caballeros, la que resumia en sí todas las demas, era la lealtad. Los caballeros debian ser leales, porque coreciendo de esta crueldad eminente habrian faltado á

los intereses del procomunal
cuya guarda se les habia con-
ferido. Mas los caballeros era ne-
cesario que emplearan prenda tan
brillante y delicada, de modo
que no vulnerasen los principios
eternos de la justicia. Era neces-
ario que la reflexion iluminase
los arranques de esta passion no-
ble; por eso necesitaban un en-
tendimiento solido y un criterio
bien cultivado, que les hiciese
seguir la verdadera linea de
conducta entre sus triples deberes

de defensores de la religion, del rey y del pueblo; teniendo ideas precisas del bien y del mal, para no confundir brillantes ilusiones, con la realidad de las cosas.

El caballero ademas debia tener conocimientos especiales para elegir las armas y el caballo, cuyo mal temple o vicios podian comprometerlo en un lance bélico. Debia reunir ciertas condiciones físicas de la mayor importancia, como musculatura

vigorosa y cuerpo sano, recto y robusto, porque la salud del cuerpo da energia al alma, y la belleza de las formas contribuye a inspirar buena idea de la persona; se deseaba que la gallardia sobresaliese tanto como su valor en las funciones de guerra. El legislador entre las cualidades que debian adornar al caballero, hacia caso omiso de la de valiente, porque esa cualidad suponía que no podia faltar, al que bebase en sus venas sangre española.

Cualquiera que reuniese las
dificiles cualidades de probo, rec-
to, prudente, esforzado, comedido
y leal sin mancha, que tuviese
un entendimiento claro, cuerpo pro-
pio para las fatigas de la guer-
ra y que contara ilustres progeni-
tores por lo menos en la linea pa-
terna, podia aspirar a la hon-
ra insigne de ser armado ca-
ballero. Mas para conferirle se
necesitaba pertenecer a la orden
de caballeria, pues hasta el mis-
mo rey estaba privado del de-

recho de armar caballeros, si el
antes no lo hubiera sido.

Los aspirantes a caballeros
se llamaban escuderos, circums-
tancia que es necesario tener
muy presente para no confun-
dir con un criado de honor, si
cuantos las historias designan
con este título. El escudero pues,
era como el novicio que estaba
en pruebas: y por lo tanto de-
bía mostrarse, cuerdo y compues-
to, porque la apostura, la gen-
tiliza y el donaire sirven para

continuar las voluntades. El escudero de noble linage en la época á que nos vamos refiriendo hacia su aprendizaje al lado de un caballero de nota, por lo regular un pariente; mas tarde hubo un cuerpo que se llamó de escuderos del rey que fué el plantel de la caballería. Referiremos, porque son curiosas, las ceremonias con que se hacia un caballero y tambien las que se usaban para degradarlos.

El aspirante á caballero de

bia guardar vigilia; la cual
empezaba en la primera hora
de la tarde, víspera de la recep-
cion. Los demas escuderos lava-
ban al aspirante y lo vestian
de sus mas ligeras ropas; pero co-
mo era preciso que el alma se
purificase y fortaleciese con el su-
xilio de la providencia, el pre-
sunto caballero pasaba la no-
che en el templo velando sus ar-
mas, permaneciendo de hincos
todo el tiempo que pudiera re-
sistir en esta posicion: las ar-

mas sobre el altar significaban que debia dedicarse especialmente a la defensa de la fe.

A las primeras horas de la mañana, el candidato confesaba, comulgaba y despues de la misa que debia oir con mucho fervor, se presentaba al que debia armarle caballero. Este hacia al aspirante la pregunta de, "si queria recibir la orden de caballeria" y sobre la respuesta afirmativa le preguntaba de

nuevo "si la mantenidria asi
como se debe mantener" y despues
el mismo u otro caballero por
su mandato, cobzaba al neo-
fito las espuelas de derecha o
izquierdas, acto simbolico que sig-
nificaba que asi como las espue-
las servian para llevar el caballo
derechamente, asi el nuevo caba-
llero debia proceder en su conduc-
ta derechamente. Despues se le
cenia la espada, emblema de las
cuatro virtudes cardinales del ca-
ballero. Seguidamente se desen-

vainaba la espada y se le po-
nia en la mano derecha ha-
ciéndole jurar tres cosas: prime-
ra veneracion y respeto á la ley
hasta morir por su manteni-
miento y defensa: segunda, fi-
delidad al rey como señor na-
tural: y tercera, amor constan-
te á su pais, protegiéndole y am-
parándole hasta el último al-
cance de su persona y bienes.

Hecho este juramento, el que
le armaba caballero le golpea-
ba con la mano la mejilla,

lo que se llamaba la pescoza
da, con lo que se le advertía
que aquella era la última in-
juria que debía tolerar. Duran-
te la ceremonia el nuevo caba-
llero debía permanecer con la
cabeza y cara descubierta, porque
lo contrario argüiría vergüenza
de alguna mala acción, ó que
tenía algun defecto físico; y
los que han de recibir, dice la
ley, "tan noble y tan honrada
cosa como la caballería, non
es derecho que entren en ella

con vergüenza ni con miedo." Pre-
vistos estos requisitos y admitido el
escudero como miembro de la or-
den, el que le habia armado le da-
ba un óculo en señal de paz y
de hermandad, siguiendo este e-
jemplo no solo los caballeros asisten-
tes sino todos los demas que lo vie-
sen en el termino de un año.

Si el hecho de cōñir la espada
conferia la esclarecida honra de
caballero; el descenirla era el col-
mo de este privilegiado honor.
El que la descenia se llamaba

padrino del caballero novel, por-
que confirmaba la orden que a-
cababa de recibir, y solo podian ve-
rificarlo o el señor natural o un
caballero de brillante reputacion,
a ruego y solicitud del mismo
caballero novel.

En ambos casos la gratitud
de este constituiria un vínculo de
las mas nobles afecciones; una es-
pecie de clientela moral respecto
del que le habia armado ca-
ballero, y del que le habia des-
cendido la espada. No debia el

nuevo caballero mover armas contra los que le dispensasen tan alta honra, y aun en el caso de que marchando al servicio de su Señor natural, no pudiese impedir tan duro trance para un alma delicada y pundonorosa; aun en la terrible estremidad de faltar á sus afectos por llenar sus deberes; debía advertir á aquellos del peligro que les amenazaba; á no ser que esta advertencia pudiese redundar en gran mengua y menoscabo

del señor natural, de la hon-
ra y bienes del caballero novel o de
su familia. En ninguna otra
circunstancia le era permitido le-
vantar la espada contra los que
se la habian dado y descendido;
y en el mayor calor de la guerra
estaba obligado á respetar la vi-
da de sus padrinos. Este respeto
y amor duraba siete años; mas
la ley que ponía limite al de-
ber, dejaba como su suplemento
el corazón del caballero. He aquí,
señores, porqué el rey sabio, que re-

nia amargada el alma con la defeccion no solo de sus vasallos sino hasta de su mujer y sus hijos, desgarrado el corazon reconvenia por medio de sus enviados al alguacil mayor de Córdoba y le recordaba que el lo habia armado caballero.

Las obligaciones de los caballeros tendian todas á dar mayor lustre á la institucion. Habian de montar siempre caballo, como el animal mas noble y gallardo; llevar el manto de

colores vivos y alegres para que
en cualquier parte que se les vie-
ra pudiesen ser honrados; ser siem-
pre sobrios en comida y bebida;
nutrir su espíritu con la lectura
de la historia y enaltecer su va-
lor con la memoria de los gran-
des modelos de la antigüedad;
ser urbanos y atentos; socorrer al
desvalido con su brazo y bienes;
mantener su palabra; practi-
car buenos oficios a fin de res-
tablecer la concordia en el seno
de las familias; no mentir ni

ocultar la verdad; ser diestros y
mañosos y conducirse en todas las
cosas de modo que revelasen su
propia gloria y la de la ins-
titucion á que pertenecían

Los caballeros gozaban de altas
preeminencias y consideraciones. Des-
de el rey hasta el último subdito
tenían obligación de honrarlos, por-
que de todos eran la egida y escu-
do. En la iglesia solo podían po-
nerse delante de ellos los sacerdotes,
los reyes y los grandes señores; nadie
podía quebrantar el sagrado de

su casa á no ser por mandato
del rey ó de la justicia, conocida
la preexistencia de un delito; no
era lícito poner traba ó embargo
en los muebles de su casa mientras
ellos ó sus mugeres morasen en ella,
llegando en ocasiones á tanto el
respeto á la institucion, que el man-
to ó una prenda del caballero cons-
tituia aquella especie de inviola-
bilidad. Gozaban de la restitu-
cion in integrum y si hallándose
ausente un caballero, su procura-
dor interponia una demanda

en asunto civil, y se perdía el pleito, se abría otra vez el juicio á su llegada, y se sustanciaba por todos sus trámites. Estaban exentos de la cuestion de tormento, sino era por delito de traicion: y no podian recibir muerte vil ni afrentosa.

La postuma voluntad, aun cuando no tuviese fórmulas legales, con tal que fueran inteligible, debia ser fielmente ejecutada; y finalmente, segun la ley, el caballero despues de serlo, podia llegar á emperador ó rey y sin ser caba-

Heró ningun principe podia ce-
nir la diadema.

Cuando un caballero cometia
un delito que mereciese la de-
gradacion, un escudero le calza-
ba las espuelas y le cenía la es-
pada, y despues cortaba con un
cuchillo por la espalda el briol
y tahali, que sujetaba la espa-
da y las correas de las espuelas.
Hecho esto, quedaba privado de
todos sus privilegios, e incapaci-
tado para ejercer oficio alguno,
del rey ni del municipio.

Señores, yo siento molestaros con estas digresiones acaso tal vez difusas; pero ellas son indispensables no solo para comprender los hechos que vamos á narrar, sino para apreciar con justicia la conducta de los hombres que vamos á daros á conocer y formar una cabal idea de las épocas que recorramos. Concretándonos en este momento á la caballería, observad que el siglo décimo tercio es un siglo caballerizo y no caballeresco; á la caba-

10
Heria no le ha salido aun ese
aditamento, esa verruga, por de-
cirlo así, de la dama. El caba-
llero no es el perro, guarda servil
de la persona de su rey, ni el
loco que vá al puente de Orbi-
go para obligar á todo pasaje-
ro á confesar que no hay fermo-
sura que á la de su dama pue-
da compararse. El caballero del
siglo trece jura, observadlo bien,
primero ante todo, veneracion y
respeto á la ley hasta morir por
su mantenimiento y defensa:

despues fidelidad al rey, como se
por natural, es decir; no al hom-
bre sino al jefe del estado y como
complemento y sintesis, amor cons-
tante á su pais, protegiéndole y
amparándole hasta el ultimo
alcançe de su persona y bienes.

Su lealtad al rey, no es la leal-
tad instintiva del perro sin vo-
luntad ni conciencia; su amor
no es la pasion erótica: sino el
amor santo de la patria.

Ahi, señores, porque los
caballeros cordobeses, por boca de

su alguacil mayor Fernan-
Núñez de Bemis, dicen a D. Al-
onso desde el adarve de la Car-
rahola: Porque nos has hecho a-
gravio imponiendo tributos in-
tolerables; porque has faltado a
la justicia ordenando muer-
tes sin formacion de procesos;
porque con tus desaciertos has da-
do ocasion para que los moros
de Granada desbasten nuestra
tierra y maten a nuestros hi-
jos; porque te has aliado con los
enemigos de la patria y te has

divorciado de tus pueblos, nosotros hemos elegido otro señor."

Como dijimos, despues de veintiundias de asedio, el rey sabio levanto' el campo y volvio' á Sevilla; á poco el de Marruecos volvio' tambien á su pais; por entonces no quiso Dios que la sangre cordobesa se derramase en lucha fratricida, pero no tardó mucho en correr y de la mas generosa, luchando hermanos contra hermanos.

El nuevo rey, á quien noso

pros, hasta la muerte de su padre
llamaremos al rebelde D. Sancho,
habia salido de Cordoba. D. Fer-
nando Perez Ponce, adelantado ma-
yor de la frontera por el rey D. Al-
fonso, regresaba de Granada al fen-
te de novecientos caballos ^{acordados} de la
mesnada del rey y por necesidad,
ó acaso por alarde, sabiendo que
nuestra ciudad estaba por D.
Sancho, se aproxima á los Visos.

Los Cordobeses tomándo á retó
la proximidad de las gentes
de Sevilla, salieron de la ciu-

dad en tropel en considerable
número, si bien no podemos con-
venir con el Señor Lafuente que
en esto sigue á Salazar de Men-
dosa que los Cordobeses iban en
número de mas de diez mil de
á caballo y que hasta las mu-
jeres habian salido con sogas pa-
ra traer atados los contrarios y
que el tumulto y desorden con
que marchaban fué la causa
de su derrota. Repetimos que no
podemos convenir con un número,
sin duda exagerado por los escri-

lores sevillanos para mas enalte-
cer su triunfo.

Como quiera que fuera, lo cier-
to es que avistadas las dos huestes
cerca del rio Guadajoz, en un ter-
reno ventajoso para la caballeria
sevillana, los cordobeses fueron des-
hechos tras de sangrienta lucha,
en que perecieron entre muchos
caballeros de ambas partes, el al-
calde mayor de Sevilla D. Fro-
drigo Estevan y Vasco Pimentel,
caballero portugues, progenitor de
lo gran casa de Benavente.

De Córdoba murió su alguacil
mayor Fernan Nuñez de Cemes,
cuya cabeza y escudo y el pendon
de la ciudad, fué llevado en triun-
fo a Sevilla por los vencedores.
Su cuerpo fué traído a la cate-
dral, donde yace en la capilla
de S. Bartolomé; la cabeza, si-
bien al principio fué puesta en
un garfio en la plaza de S. Fran-
cisco, como la de un traidor; des-
pues, el rey sabio recordando el a-
fecto que le habia tenido, man-
dó darle honrosa sepultura cer-

ca de la tumba de S. Fernan
do.

Cuando don Sancho supo la
derrota de los cordobeses dijo: "que
bien merecian haber recibido aquel
daño por salir á pelear contra
el pendon de su padre, contra
el cual bien sabian que jamas
habia el peleado," y cuentan que se
nació: "que si al venir á Córdoba falta
se vivo á Ferran Martinez, que lo fi-
ciera quemar é cozer en una caldera."
¡Así agradecer en los malos reyes los sa-
crificios que por ellos hacen sus re-

deptos!

Esta es la vez primera en que los cristianos cordobeses pelean con otros cristianos tambien: las guerras civiles no pueden disculparse; aqui luchan hijos de una misma patria criados en dos distintas ciudades. ¡Ah! Dentro de poco vendran las tutorias y entonces veremos a amigos contra amigos y hermanos contra hermanos, manchando con su sangre las calles de la Cordoba cristiana, como pudieran hacerlo los feroces abasides y omiades cuando

en horribles luchas destruían la
ciudad de los califas.

Después de este desgraciado episodio de nuestra historia, ocurrido en 1283, ni en el resto del reinado de D. Alonso, ni hasta la muerte de Sancho el Bravo, que tuvo efecto casi al terminar el siglo decimo tercero, ocurre nada que merezca llamar nuestra atención, pues las peripecias de los annales algarras, y las talas de las fronteras eran la existencia normal de nuestro pueblo. Solo en 1296 se altera esa

monotonía, cuando Mohamad,
rey de Granada, considerando bu-
na ocasión la que le ofrecia la me-
nor edad de Fernando IV vino
con un poderoso ejército, y á fuer-
za de armas tomó la villa de Al-
candete y desde allí descendió so-
bre Baena. Esta villa pertenecía
al consejo de Córdoba, y al sabase
en esta ciudad el peligro en que
se hallaba, acudió en su defen-
sa Juan Martínez de Argote, su
Alcalde, con Alonso Fernandez de
Córdoba, Alguacil mayor. Juan

de Pineda, Alferrez del pendon
de la ciudad y los muchos caba-
lleros que constan en los privilegios
que les concedio D. Fernando al
llegar á mayor edad. Luego se
ria referir las proezas que los cor-
dobeses egecutaron en la cascada
villa, especialmente Fernando Ruiz
de Castro, que allí dejó su apelli-
do por el de Baena que llevan
sus descendientes: allí murió pele-
ando el alferrez Juan Fernandez
de Pineda, á cuyos hijos el rey
premió luego con largueza: allí

finalmente tanto hicieron los
hijos de esta ciudad, que Mu-
hamad desesperado levantó el
cerco y como una avalancha pa-
só sobre Lora y Bozaca, arrasando
la villa de Guesada de que
sacó grandes despojos.

Las gentes de Córdoba, liberta-
da Baena, fueron picando la
retaguardia de los granadinos
con cuyo motivo tuvieron ocasion
de salvar la vida al infante
D. Enrique, tutor del rey, al cual
encontraron en el suelo mal herido,

cortadas las riendas y desajustado
el caballo, cerca de la villa de Be-
jona, en cuyo lugar la caballería
morra había destrozado las tropas
del infante.

Señores, hemos llegado al final
del siglo XIII y en la inmediata lec-
ción nos ocuparemos del XIV. De
la época que hemos recordado es-
ta noche á saltos, porque la me-
moria de todas las infancias siem-
pre es oscura, solo nos falta que re-
ferir la terrible peste que Córdoba
sufrió en 1288, en cuyo año nues-

ho glorioso arcangel se aparece
por primera vez al comendador
de la Merced Fr. Simon de Sousa;
pero como al llegar al siglo XVI pen-
samos dedicar una conferencia
exclusivamente para tratar de
nuestro numen tutelar; del an-
gel de las alas de oro que el Duque
de Rivas miraba desde Malta,
porque los cordobeses lo vemos siem-
pre, desde todas partes, á traves de
todas las distancias, coronando
las torres de nuestra ciudad que-
rida; Como pensamos entonces

tratar largamente de su pro-
sectorado, aplazamos para aquel
dia, la relacion que ahora o-
mitimos.

He dicho.



